

5655

877

THE BULLY DOG
OF THE
FIRE

17 Abril 77.

25-52 (41)

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO

Y EN VARIEDAD DE METROS

POR EL LICENCIADO

D. JOSÉ DONCEL Y ORDÁZ,

Presbítero,

Cura Párroco de Rivera del Fresno en la Diócesis de Badajoz,
Antiguo Secretario de Cámara y Juez Sinodal
del suprimido Obispado Priorato de San Marcos de Leon,
en la Orden Militar de Santiago, etc., etc.



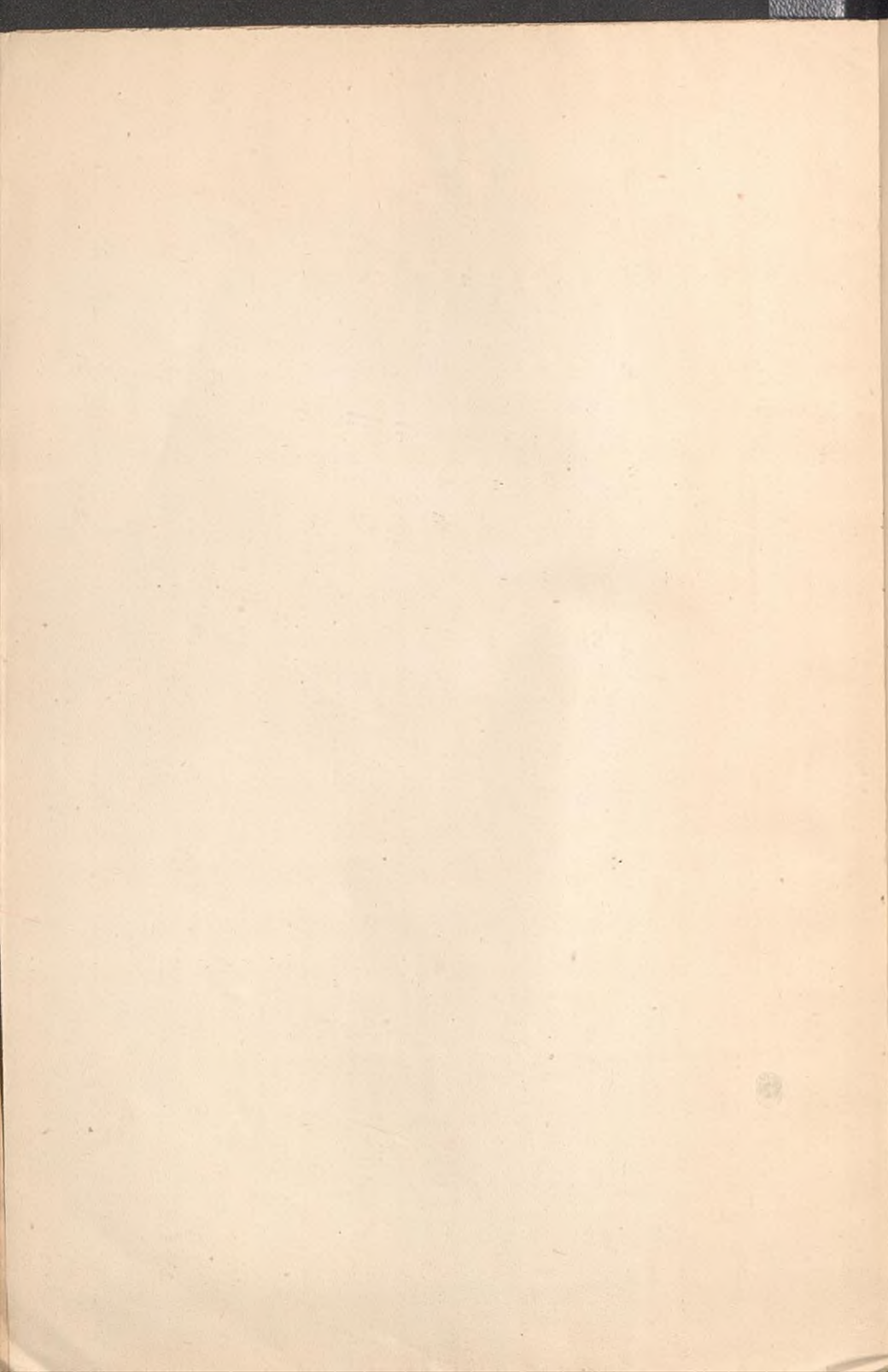
MADRID:

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^ª
(SUCESTORE: DE RIVADENEYRA),
impresores de cámara de S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1877.

18.987
1877
1847

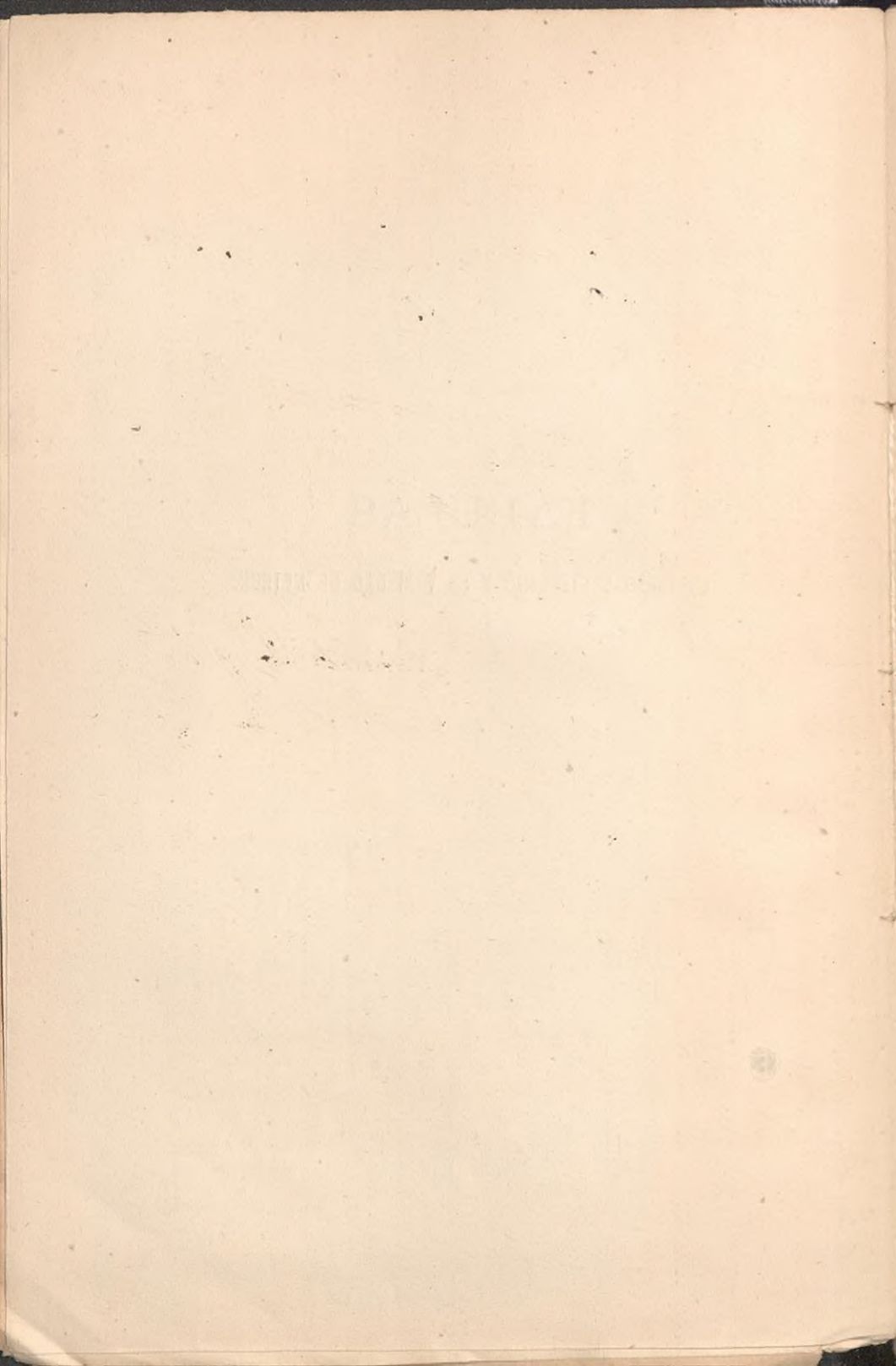
2539



FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO Y EN VARIEDAD DE METROS.

W539



FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO

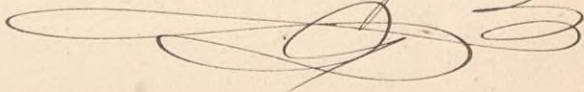
Y EN VARIEDAD DE METROS

[POR EL LICENCIADO

D. JOSÉ DONCEL Y ORDÁZ,

Presbitero,
Cura Párroco de Rivera del Fresno en la Diócesis de Badajoz,
Antiguo Secretario de Cámara y Juez Sinodal
del suprimido Obispado Priorato de San Marcos de Leon,
en la Orden Militar de Santiago, etc., etc.

En nombre de D. José Doncel y Ordáz
Manuelito Longie



MADRID:

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^ª

(SUCESESORES DE RIVADENEYRA),

impresores de cámara de S. M.,

calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1877.

Registrado N° 2854098

Es propiedad.

NOTA PRELIMINAR.

¡Cuán difícil es, dadas las condiciones de la sociedad de nuestros días, que llegue á publicarse con buen éxito un librito de esta clase!

La política, invadiéndolo todo y monopolizándolo todo, goza hoy el privilegio de absorberse la atención universal; y, á mi pobre juicio, además de haber hecho caer á las ciencias, apoderándose hasta de los talentos de primer orden para dedicarlos á la intriga, ó cuando ménos á una ocupación casi inútil, ha venido extinguiendo en nosotros aquellos generosos instintos y aquella tranquilidad de ánimo que se necesitan para sentir lo bello y lo sublime; pervierte el gusto literario y ahoga, por decirlo así, la voz de la poesía entre ese desarmónico ruido que forman tantos periodistas, por lo común nunca desapasionados, tanta manifestación de ideas siempre encontradas, tantos partidos en permanente lucha, tanta insurrección y tantas revoluciones, por cierto pocas veces justificadas ante la razón, y ménos ante la caridad cristiana.

En medio de tan estrepitoso desorden social, de este desbordamiento de pasiones, de esta febril agitacion del mundo, de estas convulsiones de la humanidad, el humilde apólogo, de suyo tan sencillo y naturalmente desnudo de pretensiones, no está llamado á producir sensacion alguna. Las enseñanzas que pueden recibirse pacífica y poéticamente del pico de una graciosa avecilla, de unas auras parleras, de los cuadrúpedos que hablan, de la flor, del arroyuelo, del lago, de la isla, de las nubes, del mar y de los huracanes que pronuncian sentencias morales ó filosóficas, son unas enseñanzas de colores demasiado pálidos para causar efecto en el presente siglo, avezado ya á todo género de fuertes impresiones. Si hubieran nacido en el Pilpay, Esopo ó Locmiano, Fedro ó Gay, Lafontaine ó Florian, Iriarte ó Samaniego, tal vez no conociéramos hoy sus nombres, como la posteridad no ha de conocer el mio probablemente.

Por otra parte, despues de haberme precedido los eminentes fabulistas que en esta misma época deben brillar en nuestra España, Campoamor, Príncipe, Hartzenbusch, el Baron de Andilla, el P. D. Cayetano Fernandez, y quizás algun otro del que yo no tenga noticia, es doblementé arriesgada mi empresa y se pone más de relieve mi atrevimiento.

No obstante, yo no busco renombre, no ambiciono una gloria que no merezco, y al coleccionar mis apólogos ántes diseminados en diferentes periódicos de Madrid y provincias, en *La Esperanza*, *El Espíritu Nacional*, *La Regeneracion*, *El Arlequin*, *Las Escenas Contempo-*

ráneas, La Tradicion, El Arte, y en algunos *Boletines eclesiásticos*, al reunirlos en este solo tomo, no me ha guiado únicamente el disculpable deseo de que no se pierdan unos trabajos tenidos, como es natural, en alguna estima por su autor, sino tambien la noble aspiracion de añadir, aunque no sea más que una pequeña piedra al edificio moral, permítaseme llamarle de este modo, levantado por aquellos ilustres escritores.

Si no he conseguido llevar á cabo mi pensamiento, me ha de quedar al ménos la satisfaccion de haberlo intentado.

EL AUTOR.

FÁBULAS.

I.

EL MAR Y LOS ARROYOS.

« ¡ Qué arrogancia, qué orgullo, qué soberbia
Tiene esa Mar feroz ! ¡ Miren la tonta !
Sin duda más que todos se ha creído,
Porque aguas y más aguas amontona.

» Y haciendo ostentacion de su riqueza,
Levanta al cielo gigantescas olas,
Y á los rios y pobres arroyuelos
Nos dirige miradas desdeñosas.

» No es posible vivir tan humillados ;
Ese absurdo poder nos hace sombra ;
Acabemos con él, que muchos somos
Y segura ya vemos la victoria. »

De este modo murmuran cien Arroyos
Ocultos entre montes y entre rocas,
Resolviéndose á dar una batalla
A su odiosa rival la Mar indómita.

El instante supremo ya se acerca,
A las playas por fin todos se agolpan,
Y henchidos de coraje la acometen...

Pero aquella enemiga poderosa
Impasible recibe los ataques;
Se sonrien de lástima sus ondas;
Confunde á los Arroyos, se los traga,
Y se queda tranquila y majestuosa.

La *Virtud* es el mar; grande y potente
Alza hasta el cielo su sagrado aroma,
Como eleva á las nubes el Océano
La plateada espuma de sus olas.

Arroyuelos sin cuento, cenagosos,
Decláranse enemigos de su gloria;
La envidia, la calumnia, las injurias,
Y cien émulos más en su ponzoña
Preténdenla envolver para atacarla...
Pero es invulnerable, es una joya
Que Dios de su diadema ha desprendido,
Y alcanza al hombre una eternal victoria.

II.

EL FILÓSOFO Y EL TIEMPO.

«¿ Por qué tan veloz caminas?
Modera ¡oh Tiempo! tu paso;
Permite al hombre que al ménos
Pueda retener los años
De su juventud dichosa.
El Eterno le ha criado
Para altísimas empresas,

Y tú le impides, tirano,
Que esa mision tan sublime
Consiga llevarla á cabo.
Tú en breve robas sus dias,
Esos dias necesarios
Para engrandecer sus obras;
Tú del hombre haces escarnio,
Ayer mi cuna meciste
Y hoy mi sepulcro has labrado.»
— «Ciertamente (dice el Tiempo)
Que hablas como un insensato.
Esos tus preciosos dias
¿Quién te los ha arrebatado
Sino tú mismo...? En el ocio,
En inútiles cuidados,
En las bastardas pasiones,
En los placeres livianos,
Los disipaste ¡infeliz!
¿Y luégo te quejas tanto
De mi marcha por el mundo...?
Oye, Filósofo vano:
No tan breve el Tiempo es
Para el que sabe emplearlo.»
Veloz corre nuestra vida,
¿Quién tal verdad ha negado?
Pero dura lo bastante
Cuando bien la aprovechamos.

III.

EL RATON DE LA INDIA Y EL DRAGON.

Cuenta un monje muy erudito
Que allá en la India el Dragon
Suele comerse al Raton
Con excelente apetito;

Y, así como en recompensa,
Que el pequeñillo animal
De carne de su rival
Tambien provee la despensa.

Mas siendo de fuerza escasa,
Tiene al arte que acudir,
Y acostumbra construir
Esta emboscada en su casa:

Hace una estrecha salida,
Ó agujero limitado,
Y despues, á opuesto lado,
Otro de grande cabida;

Pero esta segunda entrada
Es de embudo á la manera:
Tanto se ensancha hácia fuera,
Cuanto hácia dentro es cerrada.

El Ratoncillo ingenioso,
Cuando el monstruo le acomete,
Por la ancha vía se mete;
Síguele el dragon furioso,

Que se ciega por demas,
El que estrechado al instante,

Ni pasar puede adelante,
Ni volver tampoco atras.

Entónces el perseguido
Se torna en perseguidor
(Ya conocerás, lector,
Que no alcanzado habrá sido).

Cupo bien por la estrechura,
Que su pequeñez le vale,
Por el otro lado sale,
Va al Dragon en derechura,

Y principia la contienda
Por la espalda; mal le trata,
Le muerde, roe, le mata,
Y por fin se lo merienda.

Así es la senda del vicio,
Cual la trampa del raton;
Muy ancha, y en conclusion,
Un estrecho precipicio.

IV.

EL MONO CON PAPALINA.

En un hermoso dia,
Cierta Mono que el bosque recorria
Saltando sin cesar de ramo en ramo,
Ligero como el gamo,
Vió á una niña sentada entre las flores,
Cubierta con mil dijes y primores.

Prendado de la bella vestidura
De aquella criatura,
Con ojos envidiosos la miraba,
Y tanto le gustaba
Su linda papalina
De trasparente y blanca muselina,
Que robarla dispuso,
Y en un instante en práctica lo puso.

Con ella ya adornado,
Y de gozo colmado,
Por los campos se fué grave y derecho
Echándola de mono de provecho;
De todo con desprecio se reía,
Y tan gran personaje se creía,
Que á nadie dirigiera
Un saludo siquiera.

Viendo al bicho tan serio y orgulloso
Un taimado Raposo,
Soltó la carcajada
Y le habló de este modo: — « Camarada,
¿ En qué fundas tu orgullo desmedido?
¿ Qué huestes enemigas has vencido?
¿ Se debe á ese talento
Algun descubrimiento
En las útiles artes ó en las ciencias?
¿ Pones acaso fin á las dolencias
De este mísero mundo?
¿ Eres algun filósofo profundo,
Escritor sapientísimo,
Ó clásico poeta eruditísimo?
¿ Son tus virtudes tales
Que las toman por tipo los mortales?

¿Ó estriba tu soberbia solamente
En ese bello gorro trasparente?»

El Mono, avergonzado
Al verse de este modo interpelado,
Nada le contestaba;
Y el astuto Raposo, que observaba
El gran placer que al auditorio diera,
Su discurso acabó de esta manera:

«Conozco humanos monos, y bastantes,
A tí muy semejantes,
Que juzgan ménos que ellos, si se ofrece,
Al que más alto aprecio se merece.
¿Y por qué? Porque visten unos trapos
Relucientes y guapos,
Adquiridos tal vez, si se examina,
Como adquiriste tú la papalina.»

Su propia insuficiencia
Guia al necio á buscar la preeminencia
En galas y cintajos;
Por lo comun los sabios no son majos.

V.

LA REINA, EL JARDINERO Y EL LORO.

Ya se concluye el otoño,
Ya se aproxima el invierno,
Y las ramas de los árboles
Van quedando en esqueleto.

En un lindo cinamomo
Tenía los ojos puestos
El jardinero Perico,
Mozo de escaso despejo.

«No, pues hogaño las hojas,
Se dijo allá en sus adentros,
No ha de perder mi arbolito,
Que yo encontraré remedio
Para hacer que las conserve,
Y se verá lo que es bueno,
Porque nada hay imposible
Para un hombre de talento.»

Y cubrió el tronco de estera,
Y puso á la copa un lienzo,
Y tambien templaba el agua
Que le servia de riego,
Y buscó otros cien recursos;
Pero en balde, por supuesto,
Porque vinieron los frios
Con las nieves y los hielos,
Y el mimado cinamomo
Desnudo quedó bien presto.

Bajó la Reina al parterre
Donde estaba el jóven Pedro,
Y enterada de la historia
Este diálogo tuvieron:

REINA.

¡Qué ignorancia ó qué inocencia!
Vén acá, buen jardinero,
¿Conque variar pretendias

Lo que Dios mismo ha dispuesto
Para el orden de sus obras?

JARDINERO.

Señora, guárdeme el cielo
Ni de soñarlo siquiera.

REINA.

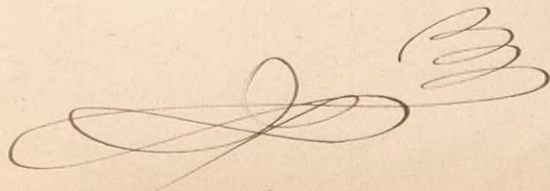
Tú has querido nada ménos
Que detener ese curso
Fijo, estable, casi eterno
Que llevan las estaciones.

JARDINERO.

Yo no quise nada de eso
Que su majestad me dice.
Deseaba, no lo niego,
Que mi precioso arbolito
Se conservára tan bello
Como está en la primavera,
Y pensando y discurriendo
El modo de conseguirlo,
Mas de tres noches el sueño
Mi proyecto me ha robado.
Esto, señora, es lo cierto
Y no otra cosa.

REINA.

¡Y lucidos
Quedamos con tu proyecto!
A ningún mortal le es dado,
Por más que aguce el ingenio,



Borrar la huella que en todo
Estampada deja el tiempo.
A tu cinamomo viste
Lozano y de flores lleno
En la hermosa primavera;
Y es que entónces, señor Pedro,
En su juventud estaba;
Pero en el otoño luégo,
Como pasando á otra edad
Ese follaje tan bello,
Las hojas pierde una á una,
Cual un viejo los cabellos,
Y su belleza concluye
Cuando principia el invierno.
Tal es la ley que á esas plantas
El Criador les ha impuesto,
Y empeñarse en que se altere
Es un empeño harto necio.»

Nada replicó el mocito,
Ó por sobra de respeto,
Ó por falta de expresiones.
Mas un Loro muy travieso,
Que todo cuanto se hablaba
Lo repetía al momento
Comentándolo á su modo,
Así habló:

LORO.

Jardinero,
A nadie le será dado,
Por más que aguce el ingenio,
Borrar ya de su semblante
Las huellas que imprime el tiempo.

En su juventud el hombre
Está rozagante y bello,
En la vejez ya marchito,
Arrugado y macilento;
Aquella es su primavera,
Ésta su otoño y su invierno,
Y en vano por disfrazarla
Se harán supremos esfuerzos;
Que tal ley á los mortales
El Criador les ha impuesto,
Y empeñarse en que se altere
Es un empeño harto necio.

VI.

LA SEMILLA Y EL VIENTO.

De una flor tan preciosa como rara
El viento la semilla se llevó,
Por los campos con ella se marchára
Y en un monton de estiércol la enterró.

Vienen las lluvias y germina el grano,
Nace una planta y gran belleza ostenta;
Se la halla un caminante, y muy ufano
Al universo entero la presenta.

Lo mismo es la *Verdad*; semilla santa,
Segun un escritor de gran valía,
Contra la cual á veces se levanta
El huracan de la calumnia impía.

Y en las hórridas sombras la sepulta,
Y allí tambien germina y refflorece;
Rasga, por fin, el velo que la oculta,
Y en toda su hermosura resplandece.

VII.

EL BOTICARIO Y EL ALACRAN.

Un horrendo farmacéutico
Allá del tiempo de Abram,
Tan raro y tan estrambótico
Como su gorro y su frac,
En un obrador galénico,
Mansion triste y sepulcral,
Que parecia en lo lóbrego
El reino de Satanás,
Al pié de llama fatídica,
En mortero colosal,
Agitaba con la espátula
Una especie de alquitran.

Mezcló allí con asafétida
El agua pontifical,
Zumó de ramno catártico,
Bálsamo de Fierabrás,
De los tres diablos las píldoras,
El colirio de Lanfranc,
Proto-cloruro de arsénico,
Deuto-tartrato de cal,

Antimonio diaforético,
Ássaro del Canadá,
Caldo colado de víboras,
Betónica, soliman,
Árnica, betun judáico,
Euforbio, nitro, maná,
Tamarindos, coloquintidas,
Album græcum y aguarrás.

Todo este potaje químico
Puso luego á evaporar
En una caldera gótica,
Más negra que un cordoban.

Arrugó su rostro escuálido,
Atizó el fuego voraz,
Y aquel brebaje diabólico
Principió á gorgoritear.

Viendo el boticario empírico
Dos gotitas de aguarrás
En el mortero de pórfido,
Dijo entre sí: « ¡ Por San Juan !
Desperdiciar este líquido
Es un pecado mortal,
Que á veces por cosas fútiles
Se suele un hombre arruinar. »
Y en sus manos cadavéricas
Tomó el hueco pedernal
Para escurrir en la pócima
Una gota cuando más ;
Pero como estaba exánime
No le pudo levantar,
Y en la caldera galénica
Le apoyó... ¡ Lance fatal !

Con aquel peso enormísimo
Le echó al momento á rodar,
Se inflamó el caldo mortífero,
Chamuscó su bello frac,
El gorro tuvo fin trágico,
Se quemó un dedo ademas,
Y entre enfadado y colérico
Exclamó: « ¡ Suerte infernal !
¡ Adios , precioso narcótico ,
Medicamento eficaz
Para la gastritis crónica
Y la epatitis boreal !
¡ Adios , el grande específico
Para aumentar mi caudal !
¡ Adios , mi ramno catártico ,
Mi arsénico y mi maná ;
En un triste farmacéutico
Este es un golpe fatal ! »

Oyendo el discurso lúgubre
Un venenoso Alacran,
Que estaba estudiando química
En el libro de Larué,
Así habló en tono de oráculo :

« Bien empleado te está ,
Miserable farmacópola ;
Por querer aprovechar
Dos gotitas de ese líquido
Que vale la libra un real ,
Perdiste , segun mi cálculo ,
Cien pesetas y algo más . »
Por esta vida fantástica
A eso el ruin expuesto va .

VIII.

EL REO Y EL CADALSO.

Negra torre se descubre,
Alumbrada por la luna,
A un extremo de la plaza
De cierto lugar de Astúrias.

En el opuesto horizonte
Otro objeto se dibuja...
Es un horrendo cadalso
Que entre las sombras se oculta.

Solitario el pueblo está,
Y nadie el silencio turba
De aquella noche solemne
Que extraño suceso augura.

Tras de una reja en la torre
Al criminal se vislumbra,
Y entre el patíbulo y él
Estas palabras se cruzan:

REO.

¡ Oh instrumento de la muerte!
¿ Quién te verá sin pavora?
¡ Maldito mil veces seas!

CADALSO.

Escucha, infeliz, escucha.

REO.

¿Qué puedes decirme tú?
En el borde de la tumba
No hay consuelos.

CADALSO.

Sí, y verdades.

REO.

¡Verdades! Tan sólo hay una,
Que breves horas me quedan
De vida ya; eso me anuncias,
Patíbulo tenebroso.

CADALSO.

Algo más.

REO.

¡Ay! No me arguyas
Por otro lado. Es inútil.
¿Ibas á evocar sin duda
El recuerdo de esos bienes,
De esa inefable ventura
De un mundo eterno...? ¡Cruel!

CADALSO.

Lo eres contigo.

REO.

¿Te burlas?

CADALSO.

Tú me has dado el sér á mi;
Soy tu hijo, soy tu hechura.

REO.

¡ Tu padre yo !

CADALSO.

Y con tu sangre
Me alimentas.

REO.

¡ Ah, qué injuria !
No es cierto, no.

CADALSO.

Y mi existencia
Quieres unir á la tuya.
¡ Tanto me amas..... !

REO.

Te aborrezco.

CADALSO.

Y como en fúnebres nupcias
Ligados nos vemos.

REO.

¡ Monstruo !

CADALSO.

Mas aún; por mí renuncias
El derecho de vivir

Hasta que Dios tu hora última
 En su reloj señalára...
 Tu crimen toca á la aguja
 Del horario de los cielos,
 Y le adelantas, y usurpas
 El poder al Criador
 Que das á la criatura,
 A un juez de la tierra...

REO.

Basta...

Estoy convencido... Nunca
 Existieras tú sin mí.
 Eres mi hijo, mi hechura.

.

Todo en silencio se queda,
 Álzase una densa bruma
 Y al reo, torre y cadalso
 En tinieblas los sepulta.

Un gracioso cefrillo,
 Cortesano de la Luna,
 Al lugarcito desciende
 Y este discurso pronuncia:

CÉFIRO.

Humanitarios filósofos
 Que declamais y haceis bulla
 Contra la pena de muerte,
 ¿El patíbulo os asusta
 Y el crimen, su padre, no...?
 Reprimid con leyes justas

Y cristianas los delitos,
Y ahorraréis sus hechuras.
Que dé cristalinas aguas
Fuente cenagosa y turbia,
Es querer un imposible,
Es necedad, es locura.

IX.

EL ÁGUILA Y EL REPTIL.

Sobre una escarpada roca
Halló el Águila á un Reptil,
Y, al verle, dijo admirada:
— ¡Cómo has llegado hasta aquí?
Ningun ave de mis reinos
Tan alto pudo subir,
Que este sitio inaccesible
Se reserva para mí.

— ¡Qué necedad! respondió,
Sonriéndose, el Reptil.
Si tú volando has llegado,
Yo arrastrándome subí;
Más noble que tú no soy,
Pero más astuto sí.
¡Oh cuánta verdad encierra
Esta réplica sutil!
Si á muchos eleva el mérito,
No á pocos un medio ruin.
El Águila es la virtud,
La adulacion el Reptil.

X.

LA HOJA SECA Y EL GATO.

De un hermosísimo plátano
Una hoja se cayó,
Marchita y seca la misera
Porque la ha quemado el sol.
Moviése el ligero céfiro,
Por el jardín la llevó,
Y un Gato lleno de júbilo
Corrió tras ella veloz,
Tomándola por un pájaro,
Y gran chasco recibió.

Rióse el niño Teófilo
Del Gato y de su ilusion,
Y su aya doña Brigida
Así diz que le parló:

«No te rias, mi Teófilo,
No de eso te burles, no,
Porque en esta vida efímera,
¿Qué sus alegrías son?
Pobres hojas, hojas lánguidas
Que dulce brisa movió,
Que las da brillo fantástico
Un mundo fascinador,
Y los mortales estólidos
Corremos de ellas en pos;
Pero ¿qué hallamos?... ¡Imbéciles!
Nada más que una ilusion.»

XI.

EL SABIO Y LA VELA.

Se fué el día. En el estudio
Del judío Abram Zacuth,
En medio de las tinieblas
Se ve una brillante luz.
Dice el sabio á la bujía:
«¡ Bendita mil veces tú!
¿Qué fuera sin ti la ciencia?
A tu influjo y tu virtud
La mitad de sus progresos
Se deben. Por Belcebú,
Que el silencio de la noche
Para mí es de oro y azul
Contigo.» Y la Vela entónces,
Así parla á Abram Zacuth:
«Como yo, el hombre benéfico
Gasta su fuerza y salud
En favor de sus hermanos;
Se consume; ya su luz
Se apaga. ¿Quién le amará
Con eterna gratitud?...
¡Ay! pronto se olvidan de él,
Como de mí lo harás tú.

XII.

LA ZORRA, LA URRACA Y LA MONA.

La Zorra y la Urraca un día
En el monte se encontraron,
Se hicieron su cortesía
Y este parrafito echaron:

URRACA.

Nunca he tenido, señora,
El honor de ver á usted.

ZORRA.

Ni yo tampoco hasta ahora
El de hablar con su merced.

URRACA.

Debemos simpatizar.

ZORRA.

Hay ciertas inclinaciones
Que sin poder explicar
Las sentimos.

URRACA.

Corazones
Para la virtud formados,
Pronto se unen y se entienden.

ZORRA.

Los animales honrados
Se atraen y se comprenden.

URRACA.

Por lo que hace á la honradez,
No es por alabarme, no,
Pero no ha de hallar usted
Muchas aves como yo.

ZORRA.

Las urracas siempre han sido
Muy fieles.

URRACA.

Tanto que sí;
Aunque sea oro molido
Seguro está para mí.

ZORRA.

Iguales somos en todo;
Yo, si he de decir verdad,
Aborrezco de tal modo
Al que roba...

URRACA.

¡ Qué maldad
Será esa, amiga mía,
Tan grande! Sin compasion
Morir hoy mismo veria
A todo animal ladron.

ZORRA.

Tambien yo. Y siendo, señora,
De esos ladrones caseros
Que asaltan á cualquier hora
Corrales y gallineros,
Con más razon.

URRACA.

¡ Qué conciencia
Se encuentra, hija mia, en otras
Bestias!

ZORRA.

¡ Y qué diferencia
Entre ellas y entre nosotras!
¿ No es esto así?

URRACA.

Justamente.
Yo que á nadie le hago mal...

ZORRA.

¿ Pues y yo? Tan inocente...

URRACA.

Yo tan noble y tan leal...

.

Una Mona muy taimada
Que allí, de un árbol colgada,
Todo el diálogo escuchó,
Soltando la carcajada
Así diz que las habló:

MONA.

¿Tan buenas y tan benditas
Han creído ustedes ser?
¿De véras?... ¡Ay, qué angelitas!
No nos queda más que ver.
Muy general es hallarse
Hombres de esta condicion,
Que más suelen alabarse
De aquello que ménos son.
Pues comunmente desea
La débil humanidad,
Que lo contrario se crea
De lo que es en realidad.

XIII.

EL REY Y LA ISLA.

En medio del grande Océano
Una isleta se levanta;
Gigantes cedros la adornan,
Palmeras mil la engalanan;
Pequeño oasis parece
En un desierto de plata,
Ó sobre rocas de espuma
Bello alcázar de esmeraldas.

Cierto Rey poderosísimo
Por aquellos mares pasa;



Tiene una corte magnífica,
Lleva formidable escuadra,
En naves va de marfil
Con popas de bronce y nácar,
Y de púrpura las velas,
Y de oro puro las áncoras.

Al dar frente á nuestra Isla
En su pequeñez repara,
Y con desden sonriéndose
De esta manera le parla:
—«¡ Pobre islilla, triste isleta!
¿Qué haces ahí, temeraria,
Entre las olas perdida
Del mundo entero ignorada?
Fugaces tus días son,
Oscura existencia arrastras,
Acaso hoy la mar te trague
Y luego, ¿qué fuiste?... Nada.
—Y tú el hombre potentísimo,
Y tú el soberbio monarca
(Así la Isla responde,
Que á veces las islas hablan),
¿A dónde vas, infelice?
¿Qué traes por estas aguas?
¿Buscas gloria? ¡Corta gloria!
¿Buscas dicha? ¡Dicha vana!
No más que la vida mía
Será la tu vida larga.
¿Y despues?... Escucha, príncipe.
Aunque te den una página
En la historia de la tierra,
¿No tornarás á la nada?

Lo mismo el ilustre nombre
Que el nombre oscuro, se acaba;
El tiempo es el gran Océano,
Que todo al fin se lo traga,
Y el siglo que ayer nació
Ya está espirando mañana.»

No es más que una triste islilla
La breve existencia humana,
Combatida de continuo
Por vientos y por borrascas,
Y que se hunde y se pierde
En un piélago de lágrimas.

XIV.

EL PASTOR Y EL PERRO.

Herido un Pastor se vió,
Solo y casi ya sin vida,
Pero lamióle su herida
Un Perrillo y le salvó.
Poco despues se comió
El leal animalito
Unas manos de cabrito,
Porque el hambre le acosára,
Y tanto aquél se agraviára
Que dió muerte al fiel Perrito.
Sucedde, así como suena,
Que *el hombre* (lo dijo un sabio)
En bronce esculpe el agravio,
Y el beneficio en arena.

XV.

LOS DOS MICROSCOPIOS.

CLEMENTE.

¿Por qué, papá, yo no veo
De esta diminuta flor
Toda su grande hermosura?

DON TEODORO.

Mírala con atencion.

CLEMENTE.

No puedo á la simple vista
Descubrir tanto primor.

DON TEODORO.

Pues toma este microscopio.

.

CLEMENTE.

¡Qué admirable perfeccion
En sus infinitos pétalos!
¡Cuánto brillante color!
¡Qué estambres tan delicados!
Sin ese instrumento, yo
Tal maravilla no viera.

DON TEODORO.

Verdad es. La Creacion
Tiene abismos de bellezas

Que no siempre sondeó
La vista humana, hijo mio.
Pero en el Sumo Hacedor
Maravillas hay más altas,
De un orden más superior,
Sobrenatural, divino;
Misterios que la razon,
Sin el microscopio santo
De la *Fe*, no alcanza, no.
La *Fe* penetra lo inmenso
De la grandeza de Dios;
Sin ella todo es un caos,
Ella es la luz, es el sol.

XVI.

LA LEONA, LA URRACA, EL LOBO Y LA PANTERA.

Érase una Leona
Que en bosques dilatados imperaba,
Sábía y justa matrona
En quien todo su pueblo idolatraba.
Solamente la Urraca bachillera,
El Lobo y la Pantera,
Inquietos animales,
Con el orden jamas bien avenidos,
Dan bien pronto inequívocas señales
De su odio á la Reina y Monarquía,
Y el Estado levantan en partidos.

Con vil hipocresía
Y en discursos de formas tan brillantes
Como en el fondo necios,
Nuestra Urraca á las turbas ignorantes
Consigue alucinar; dice del Trono
Que es una institucion ya insostenible,
Monstruosa, incompatible
Con la marcha ascendente de los brutos;
Habla de libertad y de tributos,
La sangre, de tiranos,
De las bestias la sacra autonomía,
De bosques soberanos,
Sus derechos, la idea, el progresismo,
Y con esta pedante algarabía
Crea su irracional proselitismo.

Sin melindres ni ambajes,
Sus programas, carnívoro-salvajes,
La Pantera y el Lobo
Publican á la vez; las excelencias
Del pillaje y el robo
Allí se hacen valer; sus exigencias
No hallan límites ya, y se piden leyes
Que supriman los dioses y los reyés.

La Leona, acuitada
Al ver tan desbordada
Parte de su nacion, busca algun medio
De poner á estos males un remedio;
Pero todo es en vano. Si castiga
La procaz rebelion con fuerte brazo,
Gritan que es enemiga
De las luces del siglo, una tirana,
Nea, reaccionaria, un embarazo

Para el progreso indefinido, agosto,
Que enseña las nociones de lo justo;
Y si algun tanto humana
Depone su rigor, los sediciosos
A miedo lo atribuyen y á impotencia,
Muéstranse cada vez más orgullosos
Y no encuentra ya diques su insolencia.

En situacion tan crítica,
A los ancianos de su Real Consejo
Llama á la egregia cámara;
Y el Presidente, astuto perro viejo,
Despues que peroró el Senado todo,
A la Reina le parla de este modo:

« Ilustre soberana: Sabiamente
Mis caros compañeros han hablado,
Pero es insuficiente
El remedio que al mal han propinado.
De mayor eficacia
Contra esa desinquieta democracia
Teneis un específico; es sencillo;
Demos á nuestra Urraca un reinecillo,
Con otro á la Pantera,
Y otro al Lobo tambien; de esta manera
Sus bocas cerrarémos,
Y de ruidosas bestias sanguinarias
Animales pacíficos harémos.»

Y el proyecto se aprueba,
Y á cabo al fin se lleva,
Y manda embajadores la Leona
A ofrecer á los brutos rebelados
El cetro y la corona
De unos tres remotísimos Estados.

Diz que ántes que llegára
El Real mensaje á la enemiga turba,
Teniendo de él noticia,
Ya el Lobo comenzára
A encomiar su respeto á la justicia,
Al órden y á la paz;
Que la feroz Pantera
Predicó humanidad,
Y el ave bachillera
Con entusiasmo habló de antiguas leyes
Y el derecho divino de los reyes.

Si aquí, entre los humanos, yo pudiese
Hallar unos remedios tan sencillos,
Disponiendo de tantos reñecillos
Como jefes hubiese
De aquella bandería,
No muchos *demagogos* contaría.

XVII.

EL ROCÍO.

Pronto su lecho
Deja Luisito
Una mañana
Fresca de estío;
Sale á los campos,
Llega á un pradillo,
Ve que en las plantas

Brilla el Rocio,
Cual los diamantes
De un Nabab indio,
Y al punto exclama
Dando cien brincos :
« ¡ Ay qué preciosos !
¡ Oh qué bonitos !
Voy á guardarlos...
Todos son míos. »

Y en el instante
Coge aturdido
Hierbas y flores
Donde hay rocío ;
Llena con ellas
Su sombrerillo ;
Vuelve á la casa ,
¡ Qué regocijo !
Corre á su madre
Y alza así el grito :
« Traigo diamantes ,
Traigo oro fino ,
Traigo mil perlas ;
¡ Ya somos ricos... !! »

Pero vaciando
Su sombrerito ,
Ve que el tesoro
Todo es un líquido ,
Solamente agua...
¡ Pobre Luisito !
Mustio se queda ,
Triste y corrido.
Su madre entónces

Llégase al niño ,
Y esto , muy grave ,
Le habla al oído :
— No en este mundo
Se halla , hijo mío ,
Bien que más dure
Méno's efímero .
Gloria y honores ,
¿ Qué son , qué han sido ?
Perlas que en agua
Se han convertido .
Oro y placeres ,
Todo es lo mismo ,
Dicha ilusoria ,
Goces ficticios ,
Falsos brillantes
Que hace el Rocío .

XVIII.

LAS DOS NIÑAS Y EL ESPEJO.

Á un Espejo se miró
La desgraciada Tadea ,
Y al contemplarse tan fea ,
De sí misma se espantó .

Al cristal luego llegara
La muy linda Margarita ,
Y viéndose tan bonita ,
De mirarse no cesara .

« Yo soy, Niñas, la conciencia
(Habló el Espejo); si asusto
Al pecador, lleno al justo
De inefable complacencia.»

XIX.

EL DIABLO EN UN BAILE.

Radiantes de alegría,
Con bellos trajes y esplendentes joyas,
En un salon se via
A jóvenes sin cuento,
Vueltas dando al compas de un instrumento.

El señor Lucifer (que á estas funciones
Suele siempre asistir), bien afeitado,
Con levita, corbata y pantalones
Para ocultar la cola, allí acudiera
Sin que nadie le hubiese convidado.

Todo en el baile gozo respiraba;
Muy feliz parecia el que bailaba;
Mas, valiéndose el Diablo de sus tretas,
De repente gritó: « Fuera caretas;
Muéstrese el corazon de cada uno
Sin antifaz ninguno.»

Y como por encanto,
Los de todos al punto reflejáran
En un precioso espejo... ¡ Puff, qué espanto!
¡ Cuán livianas pasiones

En ellos batallando se miráran !
Odios reconcentrados,
Bastardas ambiciones,
Deseos reprobados,
La envidia, las venganzas, el orgullo;
Y esto sin incluir la tontería,
Allí también danzando. De manera
Que tan grande placer, tanta alegría,
Todo mentira y apariencias era.

Si del gran mundo el ruido
Y sus dorados goces
A alguno han seducido,
Acuérdese del Diablo de este apólogo,
Y miseria y dolor verá al instante
Por detrás de una máscara brillante.

En vida retirada,
Con la conciencia pura,
La paz puede encontrarse y la ventura;
Léjos de ella... el vacío, el viento, nada.

XX.

EL REY, LOS LABRADORES Y EL GORRION.

Cuéntase que el soberano
De cierta nación del Norte,
Escuchando las querellas
De crueles labradores,
Decretó una gran matanza
Contra todos los gorriones.

¿ Qué visperas sicilianas ,
Ni qué degüellos de Herodes ,
Qué San Quintin , ni qué Troya
Se citan ya desde entónces ?

Allí murieron por día
Cien millones de millones
De los pardos pajaritos ,
Hasta que ya un gentilhombre
De aquel rey gorrionicida
Cenó el último una noche.

Exterminada esta raza
En tan horrible hecatombe ,
Segun la historia nos dice ,
Creyeron los labradores
Tener libres sus cosechas
De enemigos , pero ¡ ay pobres
Cálculos humanos ! Vieron
Que insectos devoradores ,
En cantidad infinita ,
Acometian feroces
Trigos , cebadas , centenos ,
Legumbres y hasta las coles
Y las frutas de sus huertas ,
Haciendo un destrozo enorme.

A la vista de estos males ,
Su funesto error conocen
Los campesinos bien pronto ,
Y de nuevo los clamores
Alzan al trono , pidiendo
Que les vuelvan sus gorriones ,
Los que el pulgon , la langosta
Y las orugas se comen.

Con otros insectos mil
De los campos destructores.

En efecto, el Soberano
Oye su ruego y dispone
Que á los Estados vecinos
Se despachen comisiones
En demanda de las aves,
Y que gran número acopien.

Por fin, los gorriones vienen,
Y el más viejo, su preboste,
Arengó de esta manera
Al Monarca y á la corte :
« ¡ Oh miserables humanos,
Tan soberbios como torpes !
¡ Siempre ciegos, siempre víctimas
De vuestros propios errores !
La razon, la inteligencia
Que de Dios recibe el hombre,
¿ De qué le sirven, si necio
Menosprecia tales dones,
Del mal casi nunca huye
Y el bien rara vez escoge ?
Y no á este asunto me ciño,
Que poco interes supone ;
En los de más alta monta
Lo mismo sois, unos torpes.
Leyes sábias, respetables
Y antiguas instituciones,
Que os han dado muchos siglos
De paz, de progreso y de orden,
Habeis trocado ¡ infelices !
Por esas innovaciones

Azarosas, por doctrinas
Que el ánimo predisponen
Contra toda autoridad,
Que todo vínculo rompen
Entre la tierra y el cielo,
Y os conducen á la postre
A un retroceso salvaje
Y á eternas revoluciones.
Pero duros desengaños
Quizá os obligen, señores,
A que reclameis lo antiguo,
Como hoy pedís los gorrones.»

XXI.

LA COCINERA Y LA GATA.

Su pañuelo más nuevo y de más lujo
Un día en el hogar Luisa dejó,
Y á ceniza al instante le redujo
Una chispa que el fuego despidió.
Patea la indolente cocinera,
Llora y se desespera,
Cuando ve que esta prenda se ha perdido
Por flojedad tan sólo y por descuido.
Una Gata, ya vieja y muy experta,
Que dormía acostada en una silla,
Con el ruido despierta;
Se estira, pone en arco su espinazo;

Y bosteza, y con gran desembarazo
De repente compuso esta quintilla,
Que tambien nuestra Gata remolona
En la fuente bebia de Helicon :

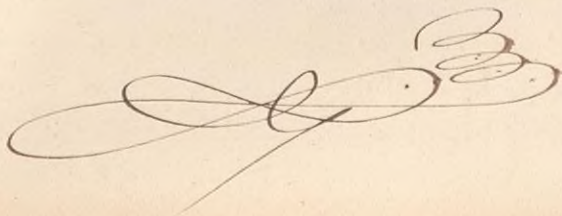
«Así el hombre al corazon
Deja saltar descuidado
La chispa de una pasion,
Y cuando oye á la razon
Ya es tarde, ya está abrasado.»

XXII.

LA CALUMNIA.

Sobre el terso pavimento
De su humilde gabinete,
Derramó el doctor Valbuena
Una vasija de aceite.
« Recoja usted, dijo á un niño ,
Ese líquido , Vicente.
— ¡ Señor ! exclamó el discípulo
Con asombro , ¡ usted me quiere
Exigir un imposible !
— ¡ Conque imposible usted cree ,
Le replicára el maestro ,
Que al vaso torne ese aceite ?
¿ Y por ventura , hijo mio ,
Más sencillo le parece
Recoger de la calumnia
El veneno que se vierte

Una vez? Óleo sutil,
Que en un momento se extiende,
Y mancha, y quema, y destruye
Cuanto su atmósfera envuelve.
Emponzoñado licor,
Que se arroja fácilmente
A un mundo sin caridad,
Predispuesto casi siempre
A recibirle. ¿Y quién, quién
Borrar sus huellas ya puede?...
Mas no el crimen queda impune,
Sin duda al instante viene
Un emisario del cielo
A recoger ese aceite
Nefando de la calumnia;
Y á verterle otra vez vuelve
Gota á gota sobre el alma
Del infame, ó el imprudente,
Que le arrojára; y entónces,
Cuando la hora solemne
De la Suprema Justicia
En sus oídos resuene,
Cual una maldita unción,
Como un óleo acre, ardiente,
Descenderá á su conciencia
Para darle eterna muerte.»
Arrepentido el rapaz,
Oyendo hablar de esta suerte,
Diz que muy pronto lloró
Su calumnia amargamente.
¡Pluguiera á Dios que en mi apólogo
Nadie aludido se viese!



XXIII.

EL BARCO DE LAS MOZAS LIBRES.

Por las corrientes del Tajo
Un laud bogando va,
Lleno de hermosas doncellas
Que se dirigen al mar.
«¿A dónde vais, inocentes?
Las pregunta el Huracan.
—Vamos, señor, á otros mundos
En busca de libertad,
Sacudiendo las cadenas
Del dominio paternal.
—Bien pensado, amigas mías;
Pero el portazgo pagad;
Que si no, de un resoplido
Echo ese barco á rodar.
—Llevamos oro y alhajas.
—Pues venga el oro, y pasad.»
Su ruta las mozas siguen;
Llenas de júbilo van,
Entonando de continuo
Este sublime cantar:

Si libre es el aire,
Tambien lo soy yo;
Que libre el Eterno
Al hombre crió.
Vivir como esclavos
Es triste vivir;

Juremos, hermanas,

Primero morir.

« ¡ Alto allá ! más adelante

Las dice la Tempestad.

¿ A dónde, imprudentes niñas,

Os dirigís ? — A la mar,

En pos de ignotos países

Do reine la libertad,

Pues nuestros feroces padres

Nos quieren tiranizar.

— ¡ Tiranizar ! — Sí, señora,

Y ya no sufrimos más.

No sienten la fuerza santa

Que empuja á la humanidad

Hácia arriba, hácia el progreso,

Y caminan para atras,

Pues, los ilusos, nos mandan

Guisar, coser y planchar,

Y otras antiguallas mil.

— ¡ Qué jerga tan infernal !

Yo no entiendo de esa música;

Pagadme el diezmo y marchad.

— ¿ Qué diezmo ? — Ahora veréis... »

Ya en el Océano están;

Braman las olas, se encrespan

A impulsos del vendaval,

Cruje el rayo; nuestra nave

Medio zozobrado há,

Y tres de las libres jóvenes

Hallan sepulcro en el mar...

Compuesta la arboladura,

Velas, timon y demas,

Siguen las otras su rumbo
Con ménos gozo, en verdad.
Pero en un Banco de arena
Vienen muy pronto á parar,
Que las dice: « Señoritas,
De aquí no se pasa ya. »
Y arrecian vientos furiosos
Que el buque abren por mitad;
Y las mozas, aterradas,
No aciertan más que á llorar,
Clamando á Dios y á sus madres;
Y su aturdimiento es tal,
Que se arrojan á las aguas
Sabiendo apénas nadar;
Y perecen casi todas
Ahogadas, y á las demas
Un pirata marroquí,
Que entónces llegó á pasar,
En su barco se las lleva
Para esclavas del Sultan.

¡ Pobres doncellas! ¡ Bien cara
Les costó su libertad!
Algun incauto, algun necio,
Alguna... no digo más,
En mi fábula pudieran
Sus leccioncitas tomar.
La Tempestad, el Pirata,
El Banco y el Huracan,
Significan muchas cosas
Que yo no acierto á explicar;
Algun hábil diplomático
Hacerlo, tal vez, sabrá.

XXIV.

LA VIOLETA Y EL GIRASOL.

GIRASOL.

Siempre á la sombra escondida.

VIOLETA.

No conozco otra ambicion.

GIRASOL.

Sal de esa vil condicion.

VIOLETA.

Vivo contenta.

GIRASOL.

¡ Qué vida !

Erradas tus cuentas van.

¡ Serás tonta ?

VIOLETA.

Por supuesto.

GIRASOL.

¿ No sabes que á fray Modesto
Nunca le hicieron guardian ?

VIOLETA.

Si el humilde religioso
Feliz se creia...

GIRASOL.

¡ Dale !

¿ La modestia de qué vale
En este mundo engañoso ?
¿ Quién medra con la humildad ?
Al contrario, envidia en mí
La fortuna.

VIOLETA.

¿ Es tanta ?

GIRASOL.

Sí.

VIOLETA.

Pues, amiguito, en verdad
Que tu mérito es bien poco.

GIRASOL.

¿ No soy fino ?

VIOLETA.

No es gran cosa.

GIRASOL.

¿ No soy una planta hermosa
Y odorífera ?

VIOLETA.

Tampoco.

GIRASOL.

Pero usted, la flor uraña,
¿ Como yo eleva la frente

Buscando del sol ardiente
La amistad?

VIOLETA.

¡ Valiente hazaña !
¿ Qué bienes nos trae con eso ?

GIRASOL.

¿ No es bien tener un amigo
De tan alta clase ?

VIOLETA.

¡ Digo !

GIRASOL.

¿ Y progresar ?

VIOLETA.

¡ Buen progreso !

Porque bajo adulator
Al poder la corte le hace,
Porque está hácia el sol que nace,
¡ Qué ventura ! ¡ Cuánto honor !...

.....
El Rey acertó á pasar
Por aquel lindo verjel,
Y oculto al pié de un laurel
Pudo el diálogo escuchar.

Y elogios haciendo mil
De la humilde Violeta,
La trasplantó á una maceta,
La más rica del pensil.

Y al Girasol inmodesto
Del Real sitio lo arrojó,
Que no siempre consiguió
La osadía un alto puesto.

XXV.

EL BURRO DE DON JUAN CORNEJO.

A quien al mundo y no á Dios
Pretende necio agradar,
Voile un cuento á recordar
Que le sabemos los dos
Y solémosle olvidar.

Cierto hidalgo campesino
A Madrid se encaminaba,
Y un nieto le acompañaba
Caballero en su pollino.
Por una venta pasando
Salió á su encuentro el ventero,
Y le dijo: «Compañero,
Estamos acá observando
Que usted lo entiende al revés;
Montar el viejo debiera,
Y este niño andar pudiera
Que tiene mejores piés.
— No hablaste mal, contestó
El aldeano sencillo...
Mira, apéate, chiquillo,
Que me voy á montar yo.»

Gravemente ya el anciano
Cabalgaba en su jumento,
Cuando al llegar á un convento,
Oyó estas voces: «Hermano,
Alabo su caridad;
Tamaño será el cariño
Que tenga á ese tierno niño,
Viéndole tan sin piedad
A pié marchar á su lado
Quizá todo un día entero,
Mientras va el muy marrullero
En su burro descansado.
— ¡Quiere callar, padre suyo?
El viejo al fraile dijera
(Que, por cierto, un lego era),
Yo de la razon no huyo.
Ayuda á apearne, chico.
¡Cruel llamarme!... Eso no,
Que tengo caridad yo,
Hasta para mi borrico.
Ninguno montado irémos,
A ver si así damos gusto;
Sin duda es esto más justo,
Y tú y yo no lo sabemos.»
Y los dos á andar se echaron
Con el asno por delante;
Pero de allí á un instante,
A tres soldados hallaron.
«Patron, el uno exclamára:
De bulto es su tontería,
¡Fuera yo de infantería
Si ese pollino llevára?

Necios son, hombres de Dios,
En ir con tanta molestia
Teniendo una hermosa bestia
Que puede hasta con los dos.
— ¡Oiste? el abuelo dijo
A su nieto por lo bajo,
¡A pié y con tanto trabajo
Y también la erramos, hijo!
Y él respondióle: — Discurro
Que al militar razón sobra.
— ¡Sí? pues manos á la obra,
Subamos los dos al burro.
Esto será sin falencia
Lo que procede en justicia,
Que esta gente de milicia
Tiene muy gorda experiencia.»
Y no fué tan pronto dicho,
Como lo era ya hecho...
Cuando al bajar un repecho
Con las orejas dió el bicho
Un alerta muy de véras;
Se detuvo, le arrearon,
Y al momento se encontraron
Con unas jaulas de fieras
Que á la corte conducía
Un rubicundo extranjero,
Quien, mano echando al sombrero,
Saludára, y: «Señor mío,
Así le habló al aldeano:
Osted tratar mucho mal
Al suyo flaca animal,
No el español ser humano,

A mi parecer mecor
Que osted bacar del borica
Por uno tempo, y el chica
Otro tempo, si señor.
Que en estos mansos animalas
¡ Carramba! si ellos decir,
Entónces osted oir
Ser cristianos mucho malas.
— ¡ Yo mal cristiano! gritó
Con enojo nuestro viejo,
Como soy don Juan Cornejo
Que mi paciencia acabó.
Si el niño monta la erramos,
Si monto yo ¡qué impiedad!
Y es una gran necedad
Si uno y otro á pié nos vamos.
Los dos al burro subimos,
Y nos viene este bolonio
En su lengua de demonio
Con la herejía que oimos.
¡ A mí, mal cristiano, á mí!... »
Entónces diz que el jumento,
Que era un asno de talento,
Al hidalgo parló así:
« Siga á Dios en su camino
Ya vaya á pié, ya montado,
Y siempre andará acertado
Aunque le llamen pollino.
Su locura llega al colmo
Buscando entre hombres lo justo,
Que á todo el mundo dar gusto
Es pedir peras al olmo. »

XXVI.

LOS DOS BORRACHOS.

«Un saco vacío se tiene muy
mal en pié.»

(Máxima de Franklin.)

Cargado está de razon,
O de mosto, que es lo mismo,
Un rubicundo Gabacho,
Frescote asaz y rollizo.
Así como hacer debía
Cualquier otro desatino,
Su mona le aconsejó
Tomar un saco vacío
Y ponerle en pié derecho
Cual si fuera un recio pino.
En vano le dió mil vueltas
Y le buscó cien arrimos,
Y almidonarle intentó,
Y llenarle de aire quiso;
El viento más que de prisa
Se abrió el paso entre los hilos,
Y el saco naturalmente
A tierra al instante vino.

Un Charro le contemplaba
Mirándole de hito en hito,
Y con esa gravedad
Que á algunos les presta el vino,
Porque tambien se encontraba

Entre Valdemoro y Pinto,
Así al Tabernero habló
Como el hombre de más juicio :
« ¡ Qué necios son y qué locos
Estos franceses malditos !
¿ Cuándo acá entre los cristianos
Tales antojos se han visto
De poner en pié derecho
Un saco que está vacío ? »

No el Gabacho replicára,
Tal vez por hallarse chispo,
Que en otra ocasion mejor
Sin duda le hubiera dicho :
« En España, como en Francia,
Y en todo el mundo, mi amigo,
Se encuentran humanos sacos
De ciencia y seso vacíos,
Sin talentos ni virtudes
Escalando altos destinos.
Pero no en pié largo tiempo
Mirar pueden su edificio,
Que sobre viento y arena
No se tienen los castillos.
Como tampoco es posible
Que se eleven asimismo
Ciertas bellas teorías
Que han metido mucho ruido,
Y prácticamente son
Sacos vacíos del siglo. »

XXVII.

LOS TRES AMIGOS.

APÓLOGO DE VERDER.

(TRADUCCION LIBRE.)

Un noble cortesano
Tres amigos tenia;
Pero á dos sobre todo preferia,
En tanto que al tercero,
El que siempre le amó como un hermano,
Su amor sincero
Mal le pagaba,
Pues gran indiferencia le mostraba.
Un día, aunque inocente,
De horrible crimen acusado fuera,
Y en peligro inminente
De su vida perder cuando se viera,
Dijo así á los amigos:
«Ante el Príncipe os cito por testigos,
Testimonio daréis de mi inocencia,
Pues sin clemencia
Me han calumniado,
Y al verdugo, si no, seré entregado.»
El primero se excusa
Pretextando tener un grave asunto
Que á otra parte le llama,

Y le abandona al punto.
Defenderle el segundo no rehusa,
Porque nadie en el mundo más le ama
Si en su dicha se fia...
¡ Hueca palabrería !
Apénas se acercó á los tribunales ,
Sin pisar los umbrales ,
Dió al espalda tambien al cortesano ,
Bajo el pretexto
De que es expuesto
La cólera arrostrar del Soberano.

Entónces el que le era indiferente,
Con el que ménos en verdad contára,
Vese allí de repente,
Porque nunca al hidalgo abandonára ;
Ofrécele su brazo ,
Le lleva del Monarca á la presencia ,
Y con rara elocuencia ,
Noble desembarazo ,
Entusiasmo y valor, de tal manera
Su defensa hiciera ,
Que el Príncipe, altamente conmovido ,
Falla y le absuelve ,
Su honor le vuelve
Y de gracias colmarle fué servido.

En la tierra los míseros mortales
Tres amigos contamos ;
Al pisar de la muerte los umbrales ,
Cuando de Dios al tribunal marchamos.
¿Cuál es el que nos guia y nos defiende ?
¿ Por ventura el *dinero* ,
De los más predilectos el primero ?...

¡ Ah ! no ; bien se comprende
Que hasta ese punto su poder no alcanza.
¿ Pondremos la esperanza
En *parientes* queridos?...
Jamás ; nos acompañan sus gemidos
Al sepulcro no más , y escasamente.
¿ Serán las *buenas obras*?... Justamente ;
Ellas son el amigo sin segundo
Que en este mundo
Siempre nos sigue ,
Y en la otra vida penetrar consigue ,
Y aunque olvidado
Tenido le hemos ,
Allí le vemos
Del Señor ante el solio arrodillado.
Él nos precede ,
Habla , intercede ,
Sin cesar ruega ,
Y á darnos llega
Santo consuelo
Con la gracia y perdon del Rey del cielo.

XXVIII.

EL HOMBRE Y LA FLOR.

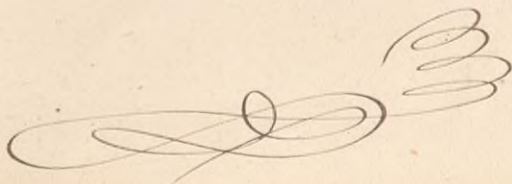
« Decidme , preciosas flores ,
Las reinas de los pensiles ,
Las de fragancia suavísima ,
Las de brillantes matices ,

Las da pétalos bordados
Con diamantes y rubíes,
¿Por qué os alzais tan ufanas
En los huertos y jardines,
Si os habréis de marchitar
Mañana, acaso, infelices?»

De esta manera el Hombre conversaba
Con un ramo de flores que formaba;
Y oyéndole una Rosa bachillera
A nuestro pensador así dijera :

«Y tú, mortal arrogante,
El rey de la Creacion,
El que eres imagen viva
Del poderoso Hacedor;
El que dominas al tigre,
Y á la hiena, y al leon;
El que el mar y los abismos
Recorres del oro en pos;
El que las estrellas mides,
Y los espacios, y el sol,
Y hasta penetrar intentas
Los misterios del Señor;
¿Para qué tanta soberbia?
¿Para qué tanta ambicion,
Si te habrás de marchitar
Brevemente como yo?...

Planta efimera es el Hombre,
Muy semejante á la flor,
Que á su otoño se encamina
Con un paso bien veloz,
Y ántes suele deshojarse
A impulsos del aquilon.



XXIX.

LA HORMIGA NECIA Y EL ROBLE.

«¿A dónde, tontuela, vas? —
Un alto Roble decia
A una Hormiga que subia
Por su tronco arriba. — Das
Vueltas mil, por lo que veo;
Ya á mi copa te encaramas,
Ya paseas por mis ramas,
¿Y qué sirve tal paseo?
Mejor fuera para tí
Abajo acopiar tu grano,
Y tu mosca y tu gusano,
Que subir en balde aquí.»
Si la Hormiga contestó,
No lo tengo en la memoria;
Pero si cuenta la historia
Que en su necedad siguió.

Y aunque esto de esperar fuera,
Al árbol tanto afectára,
Que de nuevo á hablar tornára
Y estas palabras dijera:
«Así vida insustancial
No pocos humanos tienen;
Marchan, corren, van y vienen,
Sin buscar el bien ni el mal.»
Y de tal naturaleza

Un hombre — Séneca escribe —
Hombre inútil es que vive
En una inquieta pereza.

XXX.

LAS DOS ROSAS.

En un delicioso huerto
Dos Rosas hablando están;
Una fresca y muy lozana,
Medio seca la otra ya,
Porque á la aurora de ayer
Se apareció en el rosal.
Dice á la vieja la nueva:
« ¡ Ay, hermana, asco me das!
¡ Qué pálida! ¡ Qué marchita!
¡ Qué arrugada! ¡ Quita allá!
— ¡ Vaya una tonta! responde
La otra flor. Tú crearás
Que esa hermosa lozanía
Largo tiempo ha de durar.
¡ Infeliz! Si hoy eres bella,
Mañana, ¿ qué serás ya?
La existencia de las rosas
Es de un día nada más. »

Y la vida de los hombres,
¿ Es ménos breve quizás?...
El débil linaje humano,

Parecido á un gran rosal,
Al lado de frescas flores
Ajadas flores nos da;
Generaciones de un día
Ante otro día inmortal;
En pos de unas otras marchan;
Todas veloces se van:
Ayer juventud brillante;
Hoy la triste ancianidad.

XXXI.

EL CAZADOR Y LAS AVUTARDAS.

Dos Avutardas reñían
Delante de un Cazador,
Y tal era su furor
Que á mi hombre no veían.
Él las observa y se calla,
Diciendo allá en su magín:
« Yo he de sacar mi botín
De esta sangrienta batalla. »
Con efecto, en breve instante
Una y otra caen rendidas,
Y al verlas desfallecidas
Bien pronto las echa el guante.
Si un reino en luchas bastardas
Pierde su fuerza y vigor,
Tema luego al Cazador
Que ande en busca de Avutardas.

XXXII.

EL JÓVEN PENSADOR Y EL LORO.

« Yo quisiera saber lo que se encierra
En esa inmensidad del firmamento;
Abarcar ese número infinito
De esferas de oro, descubrir el centro
De tantos soles y de mundos tantos.
Quisiera penetrar el gran misterio,
El gran designio que el Señor formára
Al crear esos astros. ¿Qué su fuego
Y su perenne luz dicen al hombre?
¿Para qué se les diera movimiento?
¿Qué seres los habitan? ¿Cómo rigen
Sus pueblos, sus repúblicas, sus reinos? »

Así discurre un Jovencito imberbe,
Fijando sus miradas en el cielo;
Y al oírlo su Loro abrió el piquito,
Y este discurso recitó muy serio:
« No se remonte el niño á altura tanta;
Colóquese más bajo el rapazuelo,
Que hartos enigmas en la tierra tiene
Do pueda torturar su entendimiento.
Cada hombre es un mundo impenetrable,
Es un problema vivo, un gran secreto.
¡Qué de abismos sin fondo en sus pasiones!
¡Cuánta contradicción en sus afectos!
¡Qué inmensidad de ideas! ¡Que de planes!
¿Quién de sus insondables pensamientos

Abarca lo infinito? ¿Y quién, por último,
Consigue comprenderle, compañero?»

No parlára muy mal el pajarito,
Pues acaso el ignoto firmamento
No guarde más difíciles problemas
Que nuestro corazon, todo misterios.

XXXIII.

EL LOCO Y EL AVARO.

Un don Cosme en mi lugar
Echó el trigo al basurero,
Y en seguida su granero
De paja mandó llenar.
— ¡Qué loco! pudo exclamar
Cierta Avaro que lo vió.
Y el Loco le respondió:
«¿Y tu oro, linda alhaja,
Para el alma es trigo, ó paja?
¿Estás más cuerdo que yo?»

XXXIV.

EL DIAMANTE Y EL ROMERO.

«¿Quién eres tú, planta rústica,
Dijo el Diamante al Romero.
¡Qué pobre pelaje el tuyo!
¡Qué montaraz es tu gesto!
¿Quién te busca, ruin arbusto,
Como á mí? Algun curandero
Para freirte ó cocerte,
Y hacer remedios caseros.
¡Qué distancia entre los dos!
Tú un patan; yo un caballero;
Tú un miserable, yo un rico,
Y más que rico, opulento.
Tú en los montes habitando,
Y yo en palacios soberbios,
De grandes y altos señores
Siendo el mimo y embeleso.
Tú viviendo á la intemperie,
Al frío y calor expuesto,
A las nieves y á las lluvias;
Yo en los alcázares regios,
Guardadito entre cristales
Con el más celoso esmero.
Tú olvidado, oscurecido,
Vegetando en el desprecio;
Yo, cual estrella esplendente,
Brillo, luzco, resplandezco

De poderosos monarcas
En las coronas y cetros.
Y me alzo sobre sus frentes,
Asistiendo á sus consejos,
Allí donde se decretan
Los destinos de los pueblos...
— Poco á poco, señor mio,
Será una verdad todo eso,
El Romero le interrumpe;
Mas decidme: ¿estais contento?
¿Sois dichoso en esa vida
Tan encumbrada...? Yo entiendo
Que no se halla la ventura
Donde nunca es uno dueño
De su propia voluntad.
¿Podeis vos, como yo puedo,
Gozar de la luz del sol,
Recibir del aura un beso,
Aspirar el suave aroma
De los campos, y el gorjeo
De las aves escuchar,
Y oir del claro arroyuelo
El apacible murmurio,
Y contemplar de los cielos
La grandeza y majestad?
¿Disfrutar podeis todo esto
Libremente, como yo,
Y sin tasa...? No por cierto.
Vos gemís en grillos de oro,
Vos sois un ilustre preso,
Vos vivís á la merced
Casi siempre de algun necio,

Capricho de sus caprichos,
De su lujo mero objeto;
Vos recibís con medida
El aire y el sol, y á áun creo
Que á veces no disponeis
Ni del propio pensamiento.
Vuestra vida relumbrona
No os envidio. Buen provecho.»

Algo dijo aquel arbusto
A esos mortales soberbios
Que, por brillar en el mundo,
Son esclavos de su empleo.
Las grandezas de la tierra
Se pagan á caro precio.
No olvide mi apologuillo
El que aspire á un alto puesto.

XXXV.

EL RETRATO DEL SOL.

Diz que á un congreso fueron convocadas
Del universo las lechuzas todas,
Para ser consultadas
Acerca de una empresa
Que á las nocturnas aves interesa;
Pues nada ménos que el proyecto habia

De ver al sol en la mitad del día,
Cara á cara mirarle
Y luego retratarle :
Colosal pensamiento para ellas,
Que jamas aquel astro contemplaron
Ni de su luz hermosa disfrutaron.

En la ilustre asamblea
Se parla, se perora,
Se riñe, se vocea,
Y despues de gastar hora sobre hora
En debate de suyo tan ruidoso,
Se acuerda que á la próxima mañana
Alcen el raudó vuelo
Hácia una colina allí cercana,
Y sorprendan al sol esplendoroso
Quando ruede su carro por el cielo.

No el alba se detiene;
Un día abrasador muy pronto viene;
Y entónces desaladas las lechuzas,
Y en número sin cuento,
Se abalanzan al alto firmamento
Anublándolo todo... Pero en vano,
Que su vista á la luz presto se cierra
Y deslumbradas ¡ay! caen por tierra.

Un águila arrogante,
Que á la famosa expedicion seguia,
Y reido se habia
De plan tan insensato, en un instante
En los aires se cierne, el éter cruza,
Mira al sol frente á frente,
De su rostro esplendente
Saca un traslado fiel, y de regreso

A las nocturnas aves se dirige
Presentando su obra en el Congreso.
« Mentira , exclaman todas : vaya fuera
El águila embustera.

¿ Se habrá visto osadía más tamaña ?
¿ Cómo ella y sólo ella ha conseguido
Lo que nosotros hoy no hemos podido ,
Siendo tantas , lograr ? Esa es patraña ;
Una negra impostura ;
¿ Somos algunas bobas por ventura ?
¡ Fuera , fuera la necia , la atrevida ,
Ó pague su insolencia con la vida ! »

Y aunque bien se defiende
La reina de las aves sin demora ,
Alegando razones
Para probar que no es una impostora ,
No encuentra en la Asamblea
Siquiera un voto que en su abono sea ;
Entre miles y miles de lechuzas ,
De su falsa opinion ni una prescinde ;
Allí triunfa el error por mayoría ,
Y la verdad á su poder se rinde.

¡ Oh cándidos humanos ,
Que de vuestros hermanos
Un juez haceis á la comun sentencia
De ignara multitud , vuestra imprudencia
Mi cuento os patentiza.
Ved si en el mayor número es posible
La razon infalible
De las cosas hallar. Mil necios ¿ pueden
Tener mejor criterio
Que un hombre solo de talento claro... ?

No es este gran misterio.
Esa vuestra sagrada mayoría,
Excepto un caso raro,
¿Sabeis en dónde está...? En la tontería.

XXXVI.

EL NIÑO Y LA TORTUGA.

Los placeres de la tierra están armados de una punta, que hiere el corazón y mata en él la esperanza.

YOUNG.

Por un ameno jardín
Pablito se paseaba,
Donde la rosa ostentaba
Sus pétalos de carmin.
Al verla el Niño tan bella
Y con tanta lozania,
Corre y brinca de alegría,
Y al instante va á cogella.
Abalánzase al rosal
Sin que espinos le den miedo,
Y al punto se hiere un dedo
Haciéndose mucho mal.
«No importa, dice limpiando
La sangre que le brotaba,
Tengo lo que deseaba,
El dedo ya irá sanando.»
Y harto ufano el inocente

Con su rosa tanto enreda,
Que en un minuto se queda
Con el rabo solamente.

Cuando tan pronto en el suelo
Deshojada la miró,
Más frío que el mismo hielo,
Y llorando sin consuelo,
Así el cuitado exclamó:

«¿Para esto he sido
Todo arañado
Y ensangrentado
Tan sin piedad?
¿Por esta rosa,
Que en un momento
Deshizo el viento?.....
¡Qué necesidad!»

Una Tortuga machucha,
Que desde el principio escucha

El lance todo,
Se acerca al lloroso Niño
Y le parla con cariño

De este modo:
«Várias veces has de ver
En esta mísera vida
Lo que esa tu flor querida
Nos acaba de ofrecer.
En pos del falso placer
Desalado correrás;
Todo lo atropellarás,
Y cuando creas, no es cuento,
Que es eterno tu contento,
Sólo dolor hallarás.»

XXXVII.

EL MARINERO Y SU HIJA.

Negras nubes tiene el cielo,
Imponente el mar está,
Furiosas las olas braman
Y horroriza el huracan.

Un anciano marinero
Contempla la tempestad,
Suelta amarras á su buque,
Y le abandona á la mar.

Admirada una hija suya,
Así le dice : « ¡ Papá !
¿ Has perdido la cabeza ?
¿ Dónde el barco irá á parar ?
Mírale, sus velas rompe
Ese fuerte vendaval...
Ya la quilla se ha deshecho...
Partido el timon está...
Ya á pique se fué ¡ Dios mio !
¿ No he visto locura igual !
— Hija mia : ¿ eso te admira ?
La responde el buen papá.
Y tú, la mujer liviana,
¿ A dónde á parar irás
Con tu vida licenciosa ?
¡ Desgraciada ! ¿ qué eres ya

Sino un buque abandonado
A la recia tempestad? »
Más de cuatro en este apólogo
Una lección hallarán.

XXXVIII.

LA NUBE, EL LAGO Y EL HURACAN.

NUBE.

Dime tú, el silencioso y triste lago,
¿ Por qué siempre sereno te he de hallar,
Sin ser visto que turben esa calma
Vendavales ni horrible tempestad?
Cuando en tu fondo reflejar me miro,
Tu superficie tan inmóvil está,
Como losa marmórea de un sepulcro
Levantado en sombría soledad.

LAGO.

Sigue tu ruta, veleidosa niña,
Déjame ¡oh Nube! con mi eterna paz.

NUBE.

No me desprecies, solitario austero,
Oye á una amiga verdadera...

LAGO.

¡ Bah!

NUBE.

Que al cernerse por cima de tus aguas
Busca un amor sublime...

LAGO.

¡Ja, ja, ja!

NUBE.

¡Qué! ¿Se rie el señor anacoreta?
¿Depone ya su agreste majestad?
Pues entónces, no pierdo la esperanza.

LAGO.

Márchate, loca.

NUBE.

Pero ¿me has de amar?

LAGO.

No me fascina la fantasma aérea.

NUBE.

Tengo hermosura.

LAGO.

Para mí, demas.

NUBE.

¡Soy tan graciosa...!

LAGO.

Como necia y vana.

NUBE.

Puedo hacerte dichoso...

LAGO.

¿Tú? ¡Pues ya!

NUBE.

¿Lo dudas por ventura? Yo me elevo
Sobre el monte, la aldea y la ciudad,
Y velo de las águilas el nido,
Y anuncio las tormentas á la mar.
Yo recibo del sol los áureos besos;
Yo soy bello crespon, puro cendal
Donde envuelve la reina de la noche
La tibia luz de su argentada faz.
Y el iris en mis pliegues se reclina,
Y la aurora me suele acariciar,
Y entre el cielo y la tierra suspendida
Soy casi una potencia espiritual.
Fijate en mi poder y mi grandeza;
Y despues, la infinita variedad
De las formas que tomo y los colores...

LAGO.

(Señalando hacia el horizonte.)

Mira, hermanita, lo que viene allá...

.....
.....
Y á guisa de wagon por vía férrea,
Se adelanta rugiendo el Huracan,
Barre la Nube y la deshace al punto,
Sin que de ella un vestigio quede ya.



HURACAN.

Yo soy el *Tiempo*, la *Prudencia* el Lago,
La Nube la *Mentira*. ¡Oh sociedad
Humana, á quien seducen de continuo
Mil ilusiones de esplendor falaz!
Medita; son vapores, nubes de oro
Que yo puedo bien pronto disipar;
Imita al Lago; su tranquilo fondo
No perturbó la tempestad jamas.
Espera; soy veloz, en breve llego,
Y en el mundo descubro la verdad.

XX & IX.

LA MARIPOSA Y EL GATO.

De la vana Mariposa
Que despreció al Caracol,
No tuvo á bien Samaniego
Contarnos la conclusion.
Cierta dómine de aldea
Leer la oyó en el Mogol,
Y yo voy á referirla
Tal como él la refirió:
Parece que despues de haberle dicho
Aquel honrado bicho
Todo aquello de «¿y tú, vil criatura,
Que sales poco há de la basura?»,

Y tanta otra lindeza,
Probando de su cuna la bajeza;
Como no se han hallado todavía
Remedios para el mal de tontería,
Muy fresca se quedó la Mariposa,
Ya como si tal cosa
La hubiera acontecido.
Al contrario, con rostro complacido,
Ufana y satisfecha,
Se fué vía derecha
A un Gato, que de léjos la miraba,
Y que ella le tomaba
Por un admirador de sus primores.
Estos son, ciertamente, unos señores
(Se hablaba en el camino)
De buena educacion y gusto fino,
No el Caracol grosero.
— Yo os saludo, muy noble caballero
(Le dijo ya llegando).
¿No es verdad que me estabais contemplando?
Teneis el sentimiento de lo bello,
Y do brilla un destello,
Como en mí, de hermosuras sublimadas,
Subyuga á inteligencias elevadas,
Cual la vuestra lo es. — ¡Oh gran señora!
(Respondió el tuno Gato). Si la aurora,
Cuando viene al Oriente,
Su aureola de luces esplendente
Al mundo manifiesta,
Es porque se las presta
La tuya fermosura prodigiosa.
Tú eres para mí una semidiosa,

Y en prueba de respeto y vasallaje,
Permíteme que bese tu ropaje.

Con discurso de tal naturaleza,
Ya pierde ella del todo la cabeza;
Sus alas da á besar, cae en la trampa,
Y el noble caballero se la zampa.

¡ Cuánta humana mariposa
Pudiera tomar leccion
Del Gatito de esta historia,
Y tambien del Caracol!
La verdad no escucha el necio,
Pero oye al adulador,
Sin comprender las más veces
Que es para su perdicion.

XL.

LA MUJER DEL PESCADOR.

Avidum sua saepe deludit aviditas
(FEDRO.)

A las orillas del mar,
Siglos hace, segun cuentan
Respetables tradiciones
Allá de Holanda ó de Bélgica,
Un honrado pescador,
Contento con su pobreza,
Humilde choza habitaba
Construida entre las peñas.

En una mañana hermosa
De plácida primavera,
Sus redes echó á las aguas
Con esperanza halagüeña;
Las sacó á breve momento,
Las puso sobre la arena
Y divisó entre las mallas,
No sin terrible sorpresa,
Un pescado, como de oro,
Con tres relucientes crestas,
Y unos ojos deslumbrantes
Que parecían centellas.

«Déjame buen Pescador,
Le dijo el Pez, que me vuelva
A ese piélago profundo,
Al que mi pérfida estrella
Desde un trono poderoso
Ha querido que descienda,
Para vivir encantado,
En castigo de unas guerras
Que injustamente moví
A otros reyes de la tierra.
El encanto es por cien años,
Tan sólo doce me restan,
Y si me sacas ahora
A otro siglo me condenas.»

Asustado el de las redes
Prontamente le dió suelta,
Se hundió el Príncipe en la mar
Y él marchó más que de prisa
A contar á su Mujer
El lance de aquella pesca,

La que admirada escuchándole
Hablóle de esta manera :

« ¡ Y nada á ese rey pediste
Con una ocasion tan buena ?
Vuelve de nuevo á buscarle ,
Píntale nuestra miseria ,
Pide que al ménos te dé
Una casita modesta ,
Con un corral espacioso
Donde mis gallinas tenga
Que me saquen sus pollitos ;
Y si añadiese una huerta
Para sembrar mis legumbres ,
¡ Qué alegre y qué placentera
A toda hora hallarias
A tu mujer ! ¿ No te afrentas
Al verme en tal estrechez ,
Siendo jóven y algo bella ? »

Convencido el tierno esposo
Por su cara compañera ,
Hizo con gracia un saludo
Y tornó hácia las arenas
De aquellas desiertas playas .

« Hombre del mar , prorumpiera ,
El Pez de lucientes ojos ,
El que has reinado en la tierra ,
Oye la demanda mia... »
Sacó entónces la cabeza
Por encima de las ondas
El pescado de tres crestas ,
Y escuchó la peticion
Con alta benevolencia

Proveyendo de este modo :

« Désele casa con huerta »,

Cuyo decreto lacónico

Retumbára entre las breñas.

· Regresó el buen Pescador

A su choza con presteza,

Y encontróla trasformada

En una quinta risueña

De huertos cercada toda,

Con arroyos, alamedas,

Las gallinas con sus pollos

Comiendo en lindas praderas,

Y á su Mujer tan gozosa

Ocupada en las faenas

De una casa de importancia.

« ¿ Vivirás ya muy contenta ?

Preguntó á los pocos dias

Su marido. Si te quejas

De la suerte, esposa mia,

Es sin razon. — No lo creas,

Respondió, esto es un desierto,

Sé que en el mundo hay aldeas,

Y castillos y ciudades,

Donde unas damas discretas,

Señoras feudales son;

No valgo yo ménos que ellas.

Vuelve al Príncipe encantado,

Y dile que me haga dueña

De algun pueblo señorial,

De un castillito siquiera. »

No muy justa pareció

Al esposo la exigencia;

Pero á la costa se fué
Y su peticion hiciera,
Decretándola el Pez de oro
A esta guisa : « Un lugar tenga
En feudo con su castillo. »
La mar estaba serena,
Y las olas se encresparon
Al oir la providencia.
El Pescador, sin embargo,
Con sosiego dió la vuelta
A su quinta, y sorprendióse
Hallando una fortaleza
Con bellas torres, sus fosos,
Puentes y ferradas puertas,
La guardia sobre los muros,
Dos negros de centinelas
Que tocaban sus bocinas
Sentados en las almenas,
Y dentro, en un gran salon,
Con rico manto de seda,
A su esposa rodeada
Por los viejos de su aldea,
Nombrando de entre ellos jueces.

« ¡ Querida, eres casi reina ! »

Exclamó el sencillo esposo
Despues que solos se vieran.

« Ese casi, contestó,
Es el duende que atormenta
A tu mujer. El tirano
Que en esta comarca impera,
Me pide, con el pretexto
De guarnecer sus fronteras,

Hombres , armas y caballos.
Si esta humillacion toleras
No será porque te falten
Medios de acabar con ella.
Busca á ese Pez poderoso ,
Hazle saber la insolencia
* De este déspota monarca.
Dile que soy tan discreta
Como el rey más avisado ;
Y que , en fin , quiero ser reina.
— ¡¡¡Reina!!! — Sí , ¿ de qué te admiras ?
— ¡ Tú has perdido la cabeza !
¿ Cómo el pescado podrá ?...
— Si puede , que las tres crestas
Denotan que es soberano
De tres partes de la tierra.
Que una á lo ménos te dé. »
— Pero. — Con peros no vengas ;
Lo mando ; soy tu señora ;
Pronto el vasallo obedezca. »
No el consorte replicára ,
Porque prudente asaz era ,
Ó un Juan Lanas , segun otros ;
Marchó en breve á las riberas
Del Océano insondable ,
Y así dijo : « ¡ Oh Pez que reinas
En las tres partes del mundo ,
Como lo indican tus crestas
Y mi mujer se presume ,
Una dame para ella
Si quieres que este infeliz
No tenga cien peloterías

A todas horas ! » Temblaron
Bajo sus piés unas peñas
Do colocado se hallaba ;
La mar sus mugidos diera ;
El cielo se oscureció ;
Del Pescado en las tinieblas
Brillar los ojos se vieron ,
Y esto se oyó : « Reina sea. »
Respirando el hombre júbilo
Tornóse á la fortaleza ,
Y se encontró en su lugar
Con una ciudad extensa ,
Preciosas casas , palacios ,
Las calles de tropas llenas ,
Y allá , como en lontananza ,
A su Esposa dando audiencia
De su alcázar en el atrio ,
De oro y diamantes cubierta ,
Sentada en argente solio ;
La que luégo que le viera
Levantóse , le abrazó ,
Sitio le hizo á su derecha ,
Ciñeron con dos coronas
Aquellas frentes plebeyas ,
Y pueblo y córte gritaron :
« ¡ Viva el Rey ! ¡ Viva la Reina !
— ¿ Sabes , Mujer , que esto es bueno ?
A los dos meses dijera
El Pescador. Somos reyes ;
¿ Qué ya apetecer nos queda ?
— ¡ Ay , su esposa contestára ,
Con qué poco te contentas !

¿No oiste al embajador
De aquella region inmensa
Del Oriente, que su ama
Hasta quince reyes cuenta
Tributarios? ¿Qué es señora
De un imperio de mil leguas
A la redonda? ¿Qué tiene,
Más que en el cielo hay estrellas,
Guerreadores invencibles?
¿Y he de ser yo ménos que ella
Valiendo acaso algo más?...
No por cierto; vuela, vuela
En busca de ese gran Príncipe,
Y dile que yo quisiera
Ser tambien emperatriz.

— Tú deliras, compañera,
El esposo replicó.

— No deliro. — Sí, deseas
Un imposible; el pescado...

— Quien me ha podido hacer reina
Emperatriz podrá hacerme.

— Tal vez no. — Pues que no sea;
Quiero saberlo, ¿lo entiendes?
Y el que se oponga, que tema
Mi indignacion soberana
Si algo estima su cabeza. »

No era bueno resistir
A indicaciones como estas,
Y así el prudente marido,
Agachando las orejas,
Sin demora en pos del Pez
Dirigióse vía recta.

Si el encantado monarca
Bien ó mal le recibiera,
No la tradicion lo dice;
Pero exactamente cuenta
Que al regresar á palacio
Ya emperatriz halló hecha
A su querida mitad,
Quien en áureo trono puesta
A sus reyes tributarios
Tenía á diestra y siniestra,
Y leyes dictando estaba
A las provincias diversas
De su vastísimo imperio.

« Ahora si que no queda
Que pedir á mi mujer »;
Se habló para su chaqueta
Nuestro hombre el mismo día;
Mas no fué de una manera
Que algo ella no se oliese,
La que de sacra ira llena
Así exclamó : « ¡ Miserable !
Si tu ambicion satisfecha
Con una corona está,
Por poderosa que sea,
No la de tu esposa, no ;
Porque á más sublime esfera
Ha de elevar sus deseos
Quien animada se sienta
De un justo orgullo. Soy sábia,
Como ninguna soy bella,
Merecí por mis virtudes
Las dignidades supremas,

Y hoy, señora, debo ser....
—¿De qué? — De toda la tierra.
— ¡¡¡ Mujer!!! — ¡ Marido! — ¿ Está loca?
Te hacen perder la chabeta
Tan repentinas subidas.
— Basta. — El Pescado. — Sus crestas
Pueden más de lo que crees.
— Pero una cosa como esa.....
— Basta repito, y sino
¡ Ay de tu cuello! — Paciencia,
Murmuró el humilde esposo,
Y marchóse con presteza
Del Océano á las playas.....
Cubríale oscura niebla,
Era de noche, y rugía
A lo léjos la tormenta.
El Pescador, aterrado
Y de hinojos en la arena,
Con voz temblorosa y débil
De este modo prorumpiera:
« ¡ Oh Pez de oro el muy magnífico!
Cuáles mis angustias sean
Al pedirte nada ménos
Que toda, toda la tierra,
Ántes podrás tú apreciarlas
Que yo sepa encarecerlas.
¿ Pero quién á mi Mujer
Hoy le opone resistencia,
Si no hay ya quien la baraje
Desde que la hiciste reina?
Por tanto, dale, señor,
El gran trono y la diadema .

De todito el universo,
A ver si así en paz nos deja. »
Entónces el hombre pez
Mil codos alzó sus crestas,
Y gritó con voz de trueno :
« Domine en toda la tierra. »
Y zabullóse, y quedaron
Tras sí unas luces siniestras
Que enrojecieron las aguas
Cual si un mar de sangre fueran.

Entre alegre y temeroso
A su córte dió la vuelta
Brevemente el buen marido,
Y ya vió señales ciertas
Del dominio universal
De su ilustre compañera,
Pues la encontró rodeada
De tal pompa y tal grandeza,
Que eran cien reyes sus pajes,
Cien reinas sus damas eran,
Emperadores y príncipes
La servían á la mesa,
Y de todas las naciones
Que el globo terráqueo encierra
Allí ejércitos habia
Tremolando sus banderas
Delante del alto sólio
De aquella mujer suprema.

Cuando su cándido esposo
La creía más contenta,
Y que ya en el mundo entero
Nada habria que pudiera

De su ambicion ser el blanco ,
Pues que de todo era dueña ;
Despertóse una mañana ,
Saltó de su lecho inquieta ,
De sus ventanas ebúrneas
Abrió las preciosas puertas ,
Miró del astro del día
Los ígneos rayos que apenas
El horizonte doraban ,
Y arrojando la diadema ,
Indignada , por el suelo ,
Las esmeraldas y perlas
Hizo polvo entre los piés ,
Maltrató su cabellera ,
Montó por último en cólera
Y así dijo : « ¡ Qué imprudencia
La de ese atrevido sol !
¿ Quién á él permiso diera
Para invadir mis dominios ?
Soy señora de la tierra ,
Alumbrarse ella podrá
Cuando yo mande y lo quiera ,
Y el modo de corregir
De esos astros la insolencia ,
Será pedir el imperio
De las regiones excelsas
Donde ellos habitan . ¡ Pronto ,
Pronto el Pez de hermosas crestas !
Que eleve mi trono augusto
Sobre el sol , luna y estrellas .
Es necesario , es forzoso
Para que hoy yo no muera

De dolor y de coraje.....»
Al oír esta exigencia
El muy sufrido consorte,
Diz que por la vez primera
El pelo quiso tomarla.
¡ De tal humor le pusieran
Los antojos de su esposa !
Pero engañóse, porque ella
Harta calidad tenía
Para que en esta materia
La llevára otro ventajas;
Pelearon como fieras,
Dieron gritos, patearon,
Y al fin de la pelotera
Preciso ceder fué al hombre
Por lo de la copla aquella :
Si te manda tu mujer
Que te echés del puente , etc. ,
Quién marchóse en derechura
Del mar hácia las riberas.

Aunque era en mitad del día,
En negras sombras envueltas
Gigantes olas se alzaban
Movidas por la tormenta;
El huracan desatado
Hendia rocas inmensas
Al Océano enviándolas.
Relámpagos y centellas
Torrentes de hórrido fuego
Sobre las playas vertieran,
Con las espumosas ondas
Formando terrible mezcla,

A cuyo espantoso cuadro
Vino á dar tintas horrendas
El estallido de un trueno,
Que la Creacion entera
Conmovió..... Como una estatua
En triste sepulcro puesta,
Del rayo al resplandor lúgubre
De vez en cuando se viera
Al humilde pescador
Sobre unas lejanas peñas,
Aguardando resignado
Morir, ó que le cedieran
Del sol y la luna el cetro
Para su esposa..... Serena
Quedó un momento la mar;
La tempestad su fiera
Amainó; y allá distante,
En medio de las tinieblas,
Del Pescado prodigioso,
Cual si fueran dos hogueras,
Los ojos resplandecieron.
Descubrióle el de las breñas,
Bajó, se acercó á la orilla,
Y con su tosca elocuencia
La peticion presentára.....
Pero el Pez de las tres crestas
De enojo dió un resoplido
Que aturdió á cielos y tierra,
Y desapareció en las aguas
Pronunciando esta sentencia:
«Torne al chozo tu mujer,
Todo quiso; todo pierda.....»



Con efecto, el buen marido
Cuando al palacio volviera
No se halló más que su choza,
Y al pie de andrajos cubierta
A su esposa desolada
De su ambicion indiscreta
Amargamente llorando
Las funestas consecuencias.

Al escuchar sus lamentos
Cierta colosal Ballena,
Que echó por aquellos mares
El furor de las tormentas,
Narra un poeta aleman
(Católico por más señas)
Que abrió la disforme boca,
Y así á otros peces dijera :
« ¡ Cuán verdad es que en el hombre
La avaricia y la soberbia
Sus deseos enloquecen
Creando ambiciones necias.
Y si la señora envidia
Saca entónces la cabeza,
¿ Qué tesoros son bastantes ?
¿ Qué dignidad le contenta ? »

No habló mal aquel cetáceo ,
Pero yo añadir quisiera :

*Siempre en nuestro corazon
Un gran vacío se encuentra,
Que el amor de Dios tan sólo
Es quien le sacia y le llena.*

XLI.

EL CAMINANTE Y LA PALMERA.

« ¡ Bendita la sombra
Que das con tus palmas !
Es lumbre el desierto ;
Exánime estaba ,
Y tú me devuelves
La vida. »

Así exclama
Incrédulo joven ,
Que en medio el Sahara
Camina perdido
Buscando su patria.
Ha visto un oasis ,
Y corre y se ampara
De añosa palmera
Debajo sus ramas.
Y dice de nuevo :

« ¡ Benditas las palmas !
¡ Bendito el refugio
Que tú me deparas ,
Palmera benéfica !
El sol me abrasaba ,
La arena echa fuego ,
Tu sombra me salva. »
El árbol entónces
Sacude con gracia

Su hermosa guedeja,
Y así al joven habla :
« Si el cielo, hijo mio,
Refugios depara
En medio un desierto
De arena abrasada,
Con otros oasis
Invita á las almas
Que pierden la senda
De su eterna patria.
Mortal desgraciado,
Las leyes humanas
Son puerto inseguro,
Son débiles tablas
Do el mísero náufrago
Su vida no salva.
En otras regiones
Más puras, más santas,
Se encuentran palmeras
De excelsa fragancia,
Que ofrecen al hombre
Su sombra sagrada;
Acógete á ellas,
Que á todos amparan.»

XLII.

EL COLEGIAL Y EL COCINERO.

En cierto colegio habia
Un antiguo Cocinero,
Ducho en gramática parda,
Algo mohino y travieso.

Aunque yo no soy doctor
(Se habló un día en sus adentros),
He de dar mi leccioncita
A estudiantes y maestros.

En una fresca mañana,
Quizás del mes de Febrero,
Con toda intencion tardó
En preparar los almuerzos.

Colegiales, catedráticos
Y el Rector, hombre muy serio,
Reclamando el chocolate
A la cocina acudieron.

— Sus señorías perdonen,
(Así les dijo el tío Pedro,
Que éste era el nombre de pila
De aquel viejo márrullero);
Porque tuve hoy el antojo
De echar leña verde al fuego,
Y por más que doy al fuelle,
No quiere arder. — ¡Ay abuelo!
(Exclamó un colegialito,
En verdad grande camueso):

¿No sabe que rama verde
Jamás hizo buen brasero,
Que humo se vuelve? — ¡Cabal!
(Replicó el taimado viejo),
Pero entonces, amiguito,
Puedes aplicarte el cuento;
El leño verde eres tú,
Los fuelles son tus maestros,
Por más ciencia que te soplen
Humo darás y no fuego.

Estudiantes presuntuosos,
Que naceis para jumentos,
Recibid esta enseñanza
De un indocto cocinero.

XLIII.

LA MALVA Y EL JARDINERO.

MALVA.

¿Qué mal te hago, Jardinero,
Para que así me persigas?
Soy buena...

JARDINERO.

Por más que digas,
Yo en el jardín no te quiero;
Que al lado de bellas flores,
De tan brillantes colores,

Tu humilde facha sería
Una grande anomalía.

MALVA.

Poseo virtudes mil
Y al enfermo doy salud.

JARDINERO.

Falta no hace tu virtud
Para adornar el pensil.

MALVA.

La dália, camelia y tantas
Otras inútiles plantas
Que tú mucho cuidarás,
¿Valen más que yo quizás?

JARDINERO.

¿Y yo busco por ventura
Servicios en una flor?
Para mí tienen valor
Las que tienen hermosura.

MALVA.

¡Me arrancas por fin!

JARDINERO.

Es claro.

Sería de un gusto raro
Cuando otra cosa no hiciera.

¡ Afuera la ruín, afuera !

.

Nuestro siglo es el jardín

Y el jardinero ignorante ;

La audacia una flor brillante ;

La virtud la malva ruín.

XLIV.

LAS CIGÜEÑAS EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS. (AÑO DE 1869.)

En altos nidos sobre vieja torre
 Dos vecinas Cigüeñas se encontraban ,
 Y de este modo hablaban :
 « ¿ Qué pasa entre los hombres ? ¿ Que hay de nuevo ?
 El mundo se conmueve, marcha, corre ,
 Cual si loco estuviera ,
 Hacia esa nacion tan novelera
 Con el nombre de Francia conocida.
 — ¿ No lo sabes, querida ?
 Mal andas de noticias, segun veo ;
 Yo subí antes de ayer al Pirineo
 Y me hallé con mi hermana ,
 Que en aquella mañana
 Venía de París. — ¿ Y qué te dijo ?
 — Verás. Napoleon... — Oye, ¿ algun hijo
 Del que pueblos sin cuento bombardeando
 Y nuestros pobres nidos abrasando... ?

— No te asustes, amiga, que de otro arte

Se vale este segundo Bonaparte

Para traer en conmocion á Europa;

No perfuma con pólvora su ropa,

Pero maña ha tenido

Para haber en su córte reunido

Reyes y emperadores,

Príncipes cien y muy altos señores

Descolgados allá del orbe entero,

Como rindiendo párias al coloso,

Al jefe de un imperio poderoso.

— El niño es bien mañero.

— No lo creas; el siglo está demente,

Y sin conocimiento comunmente

Sigue ciego al más loco ó más osado.

— Admirada, hija mia, me has dejado.

¡Qué necios son los hombres! — ¿Quién lo duda?

Mira de qué añagaza

Se ha valido el frances para que acuda

El mundo á su París; se ha dado traza

Con una Exposicion... — Si, á la manera

De la que ántes hubiera

En Lóndres. — Justamente;

Y sesudos varones,

Que rigen y gobiernan las naciones,

Hoy caminan á Francia presurosos

Para hacer tristemente

El papel muy vulgar de unos curiosos.

— ¿Sabes, vecina mia,

Que yo con gusto iria

A ver tantos primores?

¿Quieres venir tambien? — Con mil amores.

Y pronto preparando sus maletas,
Dirigieron el rumbo á las veletas
De la antigua Lutecia bulliciosa.
— ¡ Qué cosa tan preciosa !
En llegando la una prorumpiera.
— Cállate, almanaquera,
La otra respondió algo amostazada,
Te sorprendes de nada.
— No puedo remediarlo, pierdo el juicio
En esta Exposicion. ¡ Ay qué edificio
Tan hermoso y tan raro ! Dí, vecina,
¿ Qué será ? — Es el palacio de la China,
Ó la seccion de aquel Celeste Imperio.
Su construccion lo dice, y los kioskos,
Los extraños ninloskos,
Y sus colores de tan fuerte brillo.
— ¿ Y ese otro pintado de amarillo ?
— Una granja holandesa.
— ¿ Y aquel de los mosaicos, los frescos,
Estátuas y arabescos ?
— Es un *cottage* ó una quinta inglesa.
— Pero dime, ¿ la Holanda no es cristiana ?
— ¿ Quién te dice que no, mi buena hermana ?
— Dificultoso lo hallo ;
Mira un buey y un caballo
En sus veletas en lugar de cruces.
— ¿ Qué tonta ! en este siglo de las luces,
Y aquí entre tanto material progreso,
¿ Nos vienes tú con eso ?
— En verdad que yo soy una ignorante.
Escucha, ¿ y esa cúpula elegante
Que entre flores y entre árboles descuella ?

— Es de una especie de retiro augusto,
Ó imperial pabellon, morada bella,
Rica, suntuosa, de exquisito gusto,
Donde Eugenia la hermosa
Hoy recibe los cultos de una diosa.
— ¡Caramba y cuanto sabes, amiguita!
¿Y aquello que parece una mezquita?
— El gran departamento
De Turquía. — ¡Precioso monumento!
¡Y en sus torres se ve la media luna!
— ¿Y eso te admira? — Como cruz ninguna
Ostenta aquí en las suyas el cristiano...
¿Es que el progreso humano
Está en más armonía con Mahoma?
— ¡Qué desatino! — Atiende, que allí asoma
Otro edificio de oriental belleza.
¿Será tambien del moro? — Es de su alteza
El Virey del Egipto.
Un salamlick. — ¿Un qué? — Un régio palacio.
— Déjame que le mire muy despacio...
¡Lindísimo en extremo!
¿Y aquel de la inscripcion que dice *okala*?
— Oye, chica, te vas enhoramala,
Que ya tanta pregunta... — No te enfades.
Si estas preciosidades
Quisieras explicarme, yo te oiria
Y más necias preguntas no te haria.
— Me place; pero no has de interrumpirme,
Si quieres no aburrirme
Y que sola te quedes. — Mi piquito
Juro no se abrirá. — Pues cuidadito.
Ese *okala*, si yo no me equivoco,

Es tambien del Egipto y vale poco.
Almacenes ó tiendas,
No á mirarle merece que descendas.
Allí se ve un palacio peregrino
Con pinturas de estilo bizantino,
Mármoles, bronces, porcelanas y oro ;
Tiene un aire severo
Allá del setentrion, y á lo que infiero
Debe de ser el pabellon de Rusia.
Aquí está el de la Prusia,
De rewólvers, fusiles y cañones
Atestada la baja galería ;
Cualquiera nos diria
Que sus aspiraciones
Esta nacion, que ayer un nada fuera ,
Hoy demuestra en su industria asaz guerrera.
Fijate en esa de preñada cúpula
Con linterna así á guisa de turbante ;
Será el del portugués, el arrogante
Pigmeo de Occidente, aunque en la historia
Con grandes reinos rivaliza en gloria ;
Yo encuentro en su cimborrio tan hinchádo.
De este pueblo el carácter reflejado.
Repara en el de España, monumento
Que trae al pensamiento
El siglo diez y seis, su éra dichosa
En que fué cual ninguna poderosa
En el viejo y el nuevo continente ;
Hoy es aquí tan sólo una elocuente
Sombra que está diciendo
A reinos que se van engrandeciendo :
« Sabed que todo vuestro poderío

Su fin tendrá como le tuvo el mío.»
— ¡Qué bien dicho! — ¡Me gusta! ¡Ya olvidaste
Que no abrir el piquito me juraste?
— Perdona; eso es muy duro;
Soy hembra y reventára, de seguro,
Si no hablase. — Partida tan bastarda
En tí no creeria. Adios. — Aguarda,
Escucha una pregunta. — Adios. — Espera;
Me he fijado y parecen de madera
Todos estos palacios. — ¡Qué inocente!
¿Pues de que los querias? — ¡Ciertamente
El chasco bueno ha sido!
¿Qué puede esto durar? — ¡Pero has creído
Que eran de piedra? — No, lo que yo creo
Ya clarito lo veo.
Toda esta engañadora arquitectura
Parece que figura
La civilizacion, tan deslumbrante
Como falsa, de una época farsante.
Las más cultas naciones,
Sin saberlo, de sus instituciones
Aquí el sello han impreso.
Nos revela todo eso
Cuáles son de este siglo las tendencias:
Progreso de oropel, sólo apariencias,
Porque su ciencia vana
Todo consagra al *hoy*, nada al *mañana*.
Si la Cigüeña habló una tontería
Quizás la historia lo dirá algún día.

XLV.

LA CANA Y LA HERMOSA.

Peinándose un día
La bella Adelaida
Sus negros cabellos,
Encuentra una Cana,
Y toma sus pinzas
Y al punto la arranca.

Aquel pelo entonces,
Al ver su desgracia,
En tono de queja
Le dice á la dama :
« Pardiez, mi señora,
Que estás inhumana.
¿Qué daño te hacía?
¿Por qué así me tratas?
— Ningun daño me haces,
Responde Adelaida;
Mas yo no te quiero.
¿Qué jóven aguanta
Canosos cabellos?
¡Qué horror! Marcha, marcha.
— Si así, le replica
Muy sería la Cana,
Defectos morales
Tus pinzas buscáran,
Cortando uno á uno

En su misma infancia ,
¡ Cuán limpia y hermosa
Tuvieras el alma!

XLVI.

LA MUERTE Y LA VIDA.

VIDA.

¿ Por qué me sigues? Aparta;
No podemos ser amigos.

MUERTE.

Yo de tí no me separo;
El cielo nos tiene unidas
Con un lazo casi eterno.

VIDA.

Te equivocas. Tú caminas
Al polo opuesto.

MUERTE.

¡ Inocente !
El camino que tú sigas
Yo he de seguir.

VIDA.

Imposible.
Tú de la noche eres hija,
Tétrica, horrenda, espantosa;

Yo soy hermana del día
Apacible, alegre, hermoso.

MUERTE.

Sobre tantas alegrías
Y tan brillante belleza
Arrojo yo una sonrisa
De compasión ó desprecio.

VIDA.

No te canses. ¡Qué porfía!
¿Se han de juntar las tinieblas
Con la luz?

MUERTE.

Si te ilumina
Esa luz hoy, yo mañana
Puedo apagarla.

VIDA.

¡Maldita!
Deja que me entregue al mundo,
Quiero goces sin medida,
Quiero placeres sin cuento,
Y riquezas.....

MUERTE.

¡Pobrecita!
A mí te envía ese mundo;
Sus goces te precipitan
En mi tenebroso imperio;
Oro y sensuales delicias

De mi sangrienta guadaña
 Más pronto su corte afilan...

.

Y sigue, y sigue marchando
 La Muerte en pos de la Vida,
 Siempre alzada la segur
 Sobre el cuello de su víctima,
 Mientras ésta, deslumbrada,
 Corre por sendas torcidas
 Buscando felicidades,
 Tropezando con desdichas.

XLVII.

EL GATO Y EL SABUESO.

(Imitación de Campoamor.)

« ¡ Qué ladron ! » hecho una fiera,
 Cierta Gatito gritaba,
 Porque un Sabueso llevaba
 Un huesillo de ternera.
 « ¡ Que te roban, cocinera,
 Por tener tanto descuido ! »
 — ¡ Para qué armas ese ruido ? »
 Le dijo airado el Sabueso;
 Antes de coger yo el hueso,
 ¿ Tú la carne no has comido ? »



Las propias faltas nosotros
Criticamos agriamente;
Pero ¡ay! es tan solamente
Cuando las vemos en otros.

XLVIII.

EL CIRUELO Y LA PALMERA.

«¿No ves que gallardo estoy?
¿No ves lo que ya he crecido?
(A una pequeña Palmera
Un nuevo Ciruelo dijo).
El mismo tiempo contamos,
Porque en un día nacimos;
Pero tú, que nada medras,
Al desprecio y al olvido
Hoy te miras condenada.
¿No envidias el rango mio?
Ya hago sombra, ya echo flores,
Ya doy frutos exquisitos,
Gozo soy del jardinero
Y delicia de los niños.
— Oye, hermano (le interrumpe
La Palmera): No te envidio,
Que á la altura que has llegado
Llega cualquier arbolillo.
Verdad es que pequeñita
Nada valgo, nada sirvo,

Y que tú en estos jardines
Haces ya tu papelito;
Pero ¿y mañana...? Del mundo
Ya habrás desaparecido,
¡Pobre Ciruelo! y acaso
Algún hijo de tus hijos,
Cuando yo á crecer empiece,
Cuando me acerque al empireo,
Y vea del sol el lecho
Y del aguilá los nidos,
Y descubra hácia el Oriente
Los altos cedros del Líbano;
Cuando mis sabrosas féculas,
Mis licores y mi vino,
Y mi aromático aceite,
Y mis dátiles riquísimos
El hombre codicie, entónce
¿Dónde estarás...? ¡Ay amigo!
Lo que larga vida tiene
No tiene veloz principio,
Y tú eres planta de días,
Y yo soy planta de siglos.»
Algo á los hombres enseña
Este apólogo sencillo;
En él vemos retratarse
A jóvenes eruditos
Y á pedantes diplomáticos,
Charlatanes atrevidos,
Que áun al templo de la gloria
Pretenden llegar de un brinco.
El mérito verdadero
No se adquiere de improviso,

Para alcanzar fama eterna
Se camina despacito;
Un pobre ciruelo es
Quien sigue rumbo distinto.

XLIX.

EL ÁGUILA, EL MILANO, EL ZORRO Y EL PERRO.

« Hay entre los humanos
Algunos soberanos
Que mudan de ministros con frecuencia.
Si esto es obrar con tino y con prudencia,
No á juzgarlo desciendo;
Pero yo bien comprendo,
Y vosotros quizá, ¡oh volátil gente,
Que el hombre, bicho asaz inteligente,
Cuando esa buena táctica ha seguido
Su razon para ello habrá tenido.
Y he dicho buena porque buena la hallo,
El por qué en mi Real pecho me lo callo;
Bien sabeis que á vosotros sólo os toca
Mis órdenes cumplir, y punto en boca.
Yo quedo, ilustres aves, pasmadita
Al oiros hablar. ¿Quién os imita?
Pero ya no os confio las carteras,
Porque sois unas torpes consejeras.
Así, pues, me decido
A buscar un cuadrúpedo instruido,

Como el listo Raposo
Ó el Perro habilitoso,
Y no es ningun misterio
Que al Leon he encargado un ministerio.
Por lo tanto, magníficos señores
Y ancianos senadores,
Que en charla inútil empleais el arte,
Idos ya con la música á otra parte.»

De esta sábia manera
A paseo echó el Águila altanera
Su Consejo ó Senado.
(Alguno habrá pensado
Que política fábula aquí lee,
Pero chasco se lleva si tal cree.)
Mas sigamos el cuento :
La reina de las aves al momento
Trajo un Perro y un Zorro á sus regiones ,
Los vistió con riquísimos calzones ,
Y el mismo día en unas fiestas reales
Sus ministros los hizo universales.

Aunque astuto el Raposo ,
No fué muy venturoso
En ganarse la gracia soberana ,
Y en su mente villana
No tardó en concebir un plan maldito
Para quitar la vida al fiel Perrito ,
Al cual profundamente aborrecía,
Porque el Águila más le distinguía.

Al intento valióse de un Milano,
Que era infante del Reino, casi hermano
De Su Alteza alada, en cuyo abono
Vió aspiraciones á usurpar el trono;

A su palacio fué secretamente,
Hablaron largamente,
Y el Príncipe, asociado de la Urraca,
Pronto buscó una Loba hambrienta y flaca,
Y la puso de guardia en el camino
De los estados del Leon vecino,
Diciendo : « Por aquí pasará luégo
Cierta Can más sabroso que un borrego;
Si quieres aguardarle,
Sin escrúpulo puedes merendarle;
Es ministro, tendrá gordo el redaño,
Y hoy sacarás la tripa de mal año. »

Interin nuestro Zorro sin demora
Al alcázar marchó de su señora,
Y así le habló con retumbante acento :
« ¡ Oh gran Reina del más vasto elemento
Que la natura encierra,
Soberana que te alzas de la tierra
A la region del éter, á esa altura
A que nunca llegó otra criatura,
Escucha de tu siervo la palabra !

Por una honrada y venerable cabra,
Que ha subido hasta aquí, no sin trabajo,
Acabo de saber lo que allá abajo
En la selva vecina
El Rey, tu amigo, contra tí maquina.
Un ejército forma de panteras,
De tigres, leopardos y otras fieras
Como el chacal y el oso,
La hiena, el lobo y jabalí cerdoso,
Y al derecho de gentes atacando,
Le va á nuestras fronteras acercando.

Ese tu ojo potente,
Que mira al sol de frente,
No descubrió el complot, sin duda alguna,
Porque el Leon trabaja con la luna.
¿Qué el bárbaro ambiciona?
¿Quién sabe si peligra tu corona?
Yo no tengo, Señora, tu alta ciencia,
Pero soy un Raposo de experiencia,
Que mucho de los hombres he aprendido
Cuando me he introducido
En corrales, en cuadras y cocinas,
Guiado por mi amor á sus gallinas.
He visto allí en la sociedad humana
Que si una nacion próxima, ó lejana,
Aumenta su armamento,
Sin perder un momento
Le piden las demas explicaciones;
Y así de las naciones
El equilibrio puede mantenerse
Y planes de conquista deshacerse.
Hoy, Alteza, si bien lo premeditas,
Apelar á estos medios necesitas,
Y si no te ofendieras
Diria que eligieras
Para una comision tan importante
Al honorable Perro; su talante
De noble caballero,
Su mirar dulce y á la par severo,
Su fama de leal y agradecido,
Todo me ha parecido
Que es en él suficiente garantía
Del feliz resultado que obtendria.

Si apruebas, grande Reina, mi proyecto
Yo le daré instrucciones al efecto,
Y en esta misma noche,
Cuando aparezca el luminoso coche
De la casta Diana por Oriente,
De tu corte él saldrá secretamente.»

— Bien ¡oh sabio ministro! me has hablado
(La Reina contestó); pero cuidado
Que si aquí entre las aves hay cotorras,
No faltan, y sin pluma, entre las zorras.
¡Siempre víctima un rey de charlatanes!
Mas yo me compondré á estos perillanes.
Mira, arregla el negocio allá á tu gusto,
Y el pico cierra si lo crees justo.»

Esto el Zorro queria,
El cual, despues de hacer su cortesía,
Salió al instante de la régia estancia,
Dándose diplomática importancia;
Buscó al Perro, y le habló de tal manera
Que al punto verle en marcha consiguiera,
Y tambien por la senda encaminarle
Do esperaba la Loba merendarle.

Marchó efectivamente á la embajada
Su Excelencia canina, y rezagada,
A distancia no mucha,
Iba la Urraca, en las intrigas ducha,
Para que fe de aquella muerte diese
Y á traer luégo el parte se volviese.

Pero al llegar á un cerro
El noble embajador señor don Perro,
Le reveló su olfato superfino
El tentador cadáver de un pollino,

En cierto valle oculto
Que cercan unas rocas de gran bulto,
Y ¡adios el ministerio y la embajada!
¿Qué pueden ya importarle? Un bledo, nada.
Sólo tiene presente su jumento,
Le rastrea, descúbrele al momento,
Salta de gozo á vista del banquete,
Se llena hasta el gollete,
Y despues de la panza bien compuesta,
Su Excelencia durmió muy buena siesta.

¿Y la Urraca entre tanto? De igual modo
Un sueño echó por no perderlo todo.

No faltaba una hora
Para venir la aurora,
Y el Zorro, que impaciente se encontraba
Porque el parte esperado no llegaba,
Fué en busca del Milano;
Le cogió por un ala con la mano,
Porque dicho le habia
Que volar con estrellas no sabía,
Y á los campos salieron
Luégo que resolvieron
Ver si la Loba se comió al ministro,
Haciendo por sí mismos un registro.

Con precaucion y juntos caminando,
Ya á la emboscada se iban acercando
Sin respirar siquiera...
Cuando la hambrienta fiera,
Siempre contra el ayuno prevenida,
Y que no es melindrosa en la comida,
Olfatea la presa, aguza el diente,
Abalánzase á ellos de repente,

Y á falta de alimento más sabroso
El Milano se almuerza y el Raposo.

Permite alguna vez la Providencia
Que en el lazo tendido á la inocencia
Se enreden sus autores inhumanos,
Muriendo entónces á sus propias manos.

Y aunque este apologuillo no es político,
Porque dicen que en esto soy mal crítico,
Quizás tenga tambien sus alusiones
A esos *claros* varones,
De diferentes épocas y edades,
Que forjan diplomáticas maldades,
Pues de su mismo crimen fácilmente
Víctima puede ser el más prudente;
Y si esta indicacion no va acertada,
Hágase cuenta que no he dicho nada.

L.

EL MISIONERO Y LA REINA NEGRA. (1869.)

REINA.

¿Has visto nunca un poder
Que se iguale al poder mio?

MISIONERO.

En el África, señora,
Tu cetro es poderosísimo.
Pero yo tambien quisiera

Que me otorgaras permiso
Para hacerte una pregunta.
¿Le concedes?

REINA.

Concedido.

MISIONERO.

Estas fértiles campiñas,
Estos mares y estos rios,
Y ese hermoso firmamento
Con sus astros preciosísimos,
¿Quién los crió?

REINA.

Mis mayores
Los Reyes de estos dominios.

MISIONERO.

Y dime, ese tu poder
¿Es superior, ó es el mismo
Que tus abuelos tenían?

REINA.

Infinitamente el mio
Supera al de todos ellos.

MISIONERO.

¿Conque á tu gran poderío
Nada se resiste?

REINA.

Nada.

Y el europeo atrevido
Que lo dude, pida pruebas.

MISIONERO.

Señora, pruebas admito.
Y no te enojés; tan sólo
Una es la que yo te pido...
Cogeré esta débil paja
Que el viento nos ha traído...
Tómala, y si tanto puedes,
Mándala que ahora mismo
En el aire se sostenga...

REINA.

Esto ha de ser muy sencillo.
Dámela... Ahí va... Sostente;
Lo mando yo... ¡Ay...!

MISIONERO.

¿Qué ha sido?

REINA.

Que al suelo cayó. ¡Tú pides
Un imposible!

MISIONERO.

¡Lucidos
Hemos quedado, gran Reina,
Con tu poder infinito!
A sostener una paja
Hoy no alcanza, por lo visto;
¿Y supera al de otros reyes,
Al de tus padres divinos,
Los que la tierra crearon,
El sol y tantos prodigios
Como los espacios llenan...

¡ Ah, señora! Forma un juicio
De cual el suyo sería
Por lo que es tu poderío.

.
.
La arrogante soberana
(Segun lei en cierto libro)
Sus ojos abrió á la luz
Con tan bello raciocinio,
Conoció al Dios verdadero,
Y pidió luégo el bautismo.

No sé por qué en la memoria
Me presenta el ejemplito
A esos politicos ciegos,
Que torpemente han querido
Fundamentar el Estado
Sobre un absurdo ateismo.
Conoced vuestra impotencia,
Orgullosos gusanillos;
Cuando en una triste paja
No teneis cabal dominio,
¿ Podréis dominar un reino
Sin que el cielo os preste auxilio?
Si tal error defendierais,
Yo os diria muy quedito :
« Una negra, una salvaje,
Os gana ya á buen sentido. »

LI.

LOS TONTOS.

(1869.)

«Vaya que es mucho el primor
Con que tocas esa cuerna;
Quedará memoria eterna
De tan grande tocador.»

Así celebró, y no es cuento,
Un babieca cierto día
A otro bobo que tañía
Aquel extraño instrumento.

Y el tonto, al verse aplaudido,
Tanto su cuerno tocaba,
Que el tímpano taladraba
De todo cristiano oído.

Entónces diz que una vieja,
Señora grave y sesuda,
Tomando un polvo sin duda
Le aplicó esta moraleja:

«Hoy se ve igual necedad
En nuestras córtes modernas;
No pocos tañen las cuernas
De la bárbara impiedad,

Y en vez de oprobio y desprecios,
Aplausos merecen; pues

Infinitísimo es

El número de los necios.

LII.

EL ARROYO, LA FLOR Y LAS AURAS.

Deslizábase un Arroyo
Por sus arenas de plata,
Y una Flor de las orillas
Su corriente se llevaba.
Dijo así el manso arroyuelo :

ARROYO.

Bella flor, ¡tú me acompañas
¿ Vas con gusto?

FLOR.

¿ Cómo no,
Si dulcemente me arrastras?
Y luego ¿ he de resistirme
Al encanto de tus aguas,
Si ellas mecieron mi cuna,
Si ellas sustentó me daban,
Y sin ellas hoy perdiera
Mi lozanía y mis galas?

Aquel diálogo escuchando
Unas balsámicas Auras,
Por el bosque discurrían
Y de este modo parlaban :

AURAS.

¡ Tierna flor, precioso emblema
Del bien! En las puras aguas

Del manantial *cristianismo*
Buscad esa hermosa planta.

LIII.

LA PROVIDENCIA.

Plagio de un apólogo de los salvajes de la América del Norte.

Bajando el Gran Espíritu á la tierra
Citó á los animales á un congreso,
Con el fin de que todos cuenta diesen
De sus ocupaciones y sus méritos.

El Búfalo, el Castor y el ciego Topo
Allí se presentaron los primeros,
Y á poco rato la Paloma tímida
Tomó en la Junta el más humilde asiento.

Abierta la sesión, el Gran Espíritu
Quiso entrar en materia desde luego,
Y llamando al Castor así le dijo:

GRAN ESPÍRITU.

Acércate y habla. ¿Cuáles son tus hechos?

CASTOR.

Yo pongo mi barraca sobre el lago,
Yo mismo de los árboles la cuelgo,
Y la arcilla me amaso con la cola,
Y despues en las patas me la llevo,

Y labro las paredes; con los dientes
Corto los palos y las cuerdas tejo
Con que ligo y construyo sin descanso
La escalera, los pisos y los techos.
Y de este modo al fabricar mi casa,
Vengo á ser de los indios un maestro.
Yo soy ¡ Oh Gran Espíritu! el trabajo.

GRAN ESPÍRITU.

Basta ya. ¿Y tú que dices, Topo ciego?

TOPO.

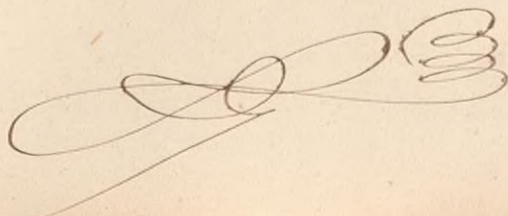
Yo con las uñas abro galerías
Donde pueda abrigarme en el invierno
Debajo de la tierra; en ellas guardo
Mis copiosos y ricos alimentos;
Y al terminar las estaciones tristes
De las lluvias, las nieves y los hielos,
Cuando el campo regala sus semillas,
A recoger otra cosecha vuelvo.
Yo soy la prevision ¡ oh Gran Espíritu!

GRAN ESPÍRITU.

Relátenos el Búfalo sus méritos.

BÚFALO.

Yo hago temblar los montes; mis pezuñas
Al herir esas rocas y esos cerros,
Metén un ruido que terror infunde,



Muy semejante al pavoroso trueno ,
Mi bravo diente descortez a un bosque
Y pronto acaba con un prado entero ,
Y en la lucha con fieros enemigos
Siempre venciera mi potente cuerno.
A mí no me intimida el hambre nunca ,
Yo al frío más cruel jamás le temo ,
Ni al indio cazador de las montañas ,
Ni al abrazo mortal del Oso negro...
Yo soy ¡ oh Gran Espíritu ! la fuerza.

GRAN ESPÍRITU.

(Con majestuosa sonrisa.)

En verdad que eres bestia de provecho...
Habla tú, la silvestre palomita.

PALOMA.

Yo, padre, nada soy y nada puedo.
Mi nido está colgado de una rama
Y fácilmente lo derriba el viento;
Sólo un copo de nieve bastaría
Para matar mis débiles polluelos;
Y mi voz no domina las distancias ,
Y mis alas no sufren largo vuelo.
Sin embargo, yo vivo y canto alegre ,
Al mecarme en el nido, porque siento
Sobre mí el ojo tuyo, ¡ oh padre amado !
En ese dulce sol, como tú bueno,
Que madura los frutos de la zarza ,
Quita el frío á mis pobres pequeñuelos ,

Y hace nacer sus plumas, y deshiela
El grande río en cuya orilla bebo.

GRAN ESPÍRITU.

¡ Oh mi hija amadísima! Tú sola
Comprendes lo que soy y lo que puedo;
Todo existe por mí y en mí está todo,
Véte en paz; vive y ama, que yo extendo
Mi ojo á todas partes. Donde quiera
Que tú fijas el nido, ten por cierto
Que ha de haber para tí semillas y agua,
Y plumas nacerán á tus polluelos.

Estudien este apólogo sencillo
Más de cuatro filósofos soberbios
Que se tienen por sabios, cuando ¡ay tristes!
Son unos locos, si no grandes necios.
A veces los salvajes dan lecciones
A muchos *ilustrados* europeos.

LIV.

LOS ÁRBOLES ELIGIENDO REY.

(Paráfrasis del Apólogo de Joatham.—*Jueces*, ix.)

Los árboles cierto día
Ungir un rey proyectaron,
Y dijeron al Olivo:

« Te elegimos soberano;
Reina tú sobre nosotros. »
Y él contestó : « Ni pensarlo.
¿ Quereis que yo á Dios le prive,
Al hombre y al templo santo
Del servicio de mi aceite ,
Por venir hoy á mandaros ,
Por ser vuestro rey ? » Entónces
A la Higuera se acercaron ,
Hablandola de este modo :
« Tú reinarás ; te encargamos
El dominio de los árboles. »
Y ella dijo : « Nunca , hermanos ,
Que á la exquisita dulzura
De mis frutos delicados
No renuncio por un trono. »
En seguida suplicaron
A la vid de igual manera ,
La cual , no sin meditarlo ,
Respondió así : « Por ventura
Creeis que me será dado
Abandonar fácilmente
Mi vino , que es el regalo
Y alegría de los hombres ,
Por venir á gobernaros ,
Por reinar sobre vosotros ? »
Al ver en tan mal estado
Los árboles el asunto ,
Y un poquito amostazados
Con la triple negativa ,
Larga sesion celebraron
Para no elegir á otro

Que pudiera desairarlos,
Y se fueron al Espino
Y á esta guisa le hablaron:
« Vén, y acepta la corona;
Por nuestro Rey te aclamamos.
— Si me nombras formalmente,
Les contestó, cobijaros
Prometo á la sombra mía;
Pero si no, como un rayo
Salga el fuego de mis ramas,
Y el Líbano dominando,
Abrase desde el tomillo
Hasta los cedros más altos.
¿ Se explicó el punzante Arbusto?
¿ Sería un buen soberano?
¡ Qué enseñanza tan preciosa
En este apólogo hallamos
Sobre el Poder electivo
Y el Poder hereditario!
Esto produce el primero,
Zarzas y espinos villanos.
Tal es la historia de todos
Esos Poderes bastardos,
Que no emanan de un principio
Subsistente, noble, santo.

LV.

EL PRÍNCIPE Y EL GENERAL.

(1870.)

Por un prado paseaba
Cierta nuevo Soberano,
Y este diálogo entablaba
Con un General anciano
Que en su séquito llevaba:

PRÍNCIPE.

Quiero ser rey popular.

GENERAL.

Peligros la empresa tiene.

PRÍNCIPE.

¡ Peligros ! ¿ Pues no conviene
Hacerme del pueblo amar ?

GENERAL.

¡ El pueblo ! De un mismo modo
No siempre esta voz se explica.

PRÍNCIPE.

Pues para mí significa,
Ya que no mi reino todo,
Una muy grande porcion.

GENERAL.

Me parece que no es eso ;
Este siglo del progreso
Le da distinta acepcion.

PRÍNCIPE.

El pueblo, no dude usted,
Le forma la mayoría
Honrada y sensata.

GENERAL.

Hoy dia
Ni el juicio ni la honradez
Son fruta que mucho abunda.

PRÍNCIPE.

Entónces, mi General,
El sufragio universal
¿Cómo y sobre qué se funda?

GENERAL.

En una farsa tan sólo.

PRÍNCIPE.

La base, el principio eterno
De este derecho moderno
¿Dónde está?

GENERAL.

Yo soy un bolo ;
Pero... me atrevo, señor,

A resolver al problema.

PRÍNCIPE.

Hable usted y no gaste flemma.

GENERAL.

Bien. Pues hacedme el honor
De venir aquí á un cercado,
Y Su Majestad verá
Practicamente, quizá,
El enigma descifrado...

Y á un valle los dos marcháran,
Y en el seto penetráran,
Y allí el General muy grave
A su Príncipe ó Landgrave,
Pues no recuerdo lo que era,
Le rogó que se bajára
Y la flor más ruin buscára
Que en todo el cercado hubiera.

Y el Monarca obedeció
(El hecho la historia abona),
Y cuando el cuerpo dobló
Se le cayó la corona
Y de lodo la llenó.

Rióse el astuto viejo
De aquel percance villano,
Y á su novel Soberano
Le enderezó este consejo :

GENERAL.

No dobleis mucho la frente
Hácia esa liviana flor,

Que en ello hay siempre, señor,
No pequeño inconveniente.

Aquí teneis el problema
De los reyes populares,
A este género de azares
Exponen la Real diadema.

Nadie en el mundo se engria
Con tal popularidad,
Pues es planta que en verdad
Entre vil cieno se cria.

LVI.

LOS DOS VIAJEROS.

De un Cojo y un Picaron
Ya nos habló Samaniego,
Pero yo he querido luego
Que se amplíe la leccion.

Se encontró cierto joven libertino,
Yendo por un camino,
Con otro viajero que llevaba
Su misma ruta, y tanto cojeaba
Que hacía una profunda reverencia
Por cada pié que el infeliz movia.

Con notable insolencia
El vicioso pollito se reia
Del cojo caminante,
Hombre nada ignorante,

Honrado y formalote cual ninguno,
Quien al ver de aquel mozo inoportuno
La burla descarada,
Le habló de esta manera : « Camarada,
¿ De qué se rie usted ? ¿ de mi cojera... ?
Algo mejor le fuera
Observar, con la mano puesta al pecho,
Si su merced camina más derecho.
A mi esta imperfeccion Dios me la ha dado;
Pero á usted, ¿ quién las suyas le ha buscado ?
Esas imperfecciones
Que, por dar rienda suelta á sus pasiones,
Se las ha merecido,
¿ No le traen por cierto bien torcido ?...
¡ Ay amiguito mio ! á lo que veo
Usted cojea más que yo cojeo. »
No tengas la imprudencia
De imitar á este jóven insolente;
Pregúntale primero á tu conciencia
Si tú derechamente
Por la senda caminas
De las leyes humanas y divinas;
Falta es ésta que infama á los mortales,
Pero no los defectos corporales.

LVII.

LAS DOS ESPIGAS.

La dulce primavera
Los campos engalana;

El lirio vierte aromas ;
Florece ya la zarza.

Un jóven Marquesito
Pasea de mañana,
Seguido por su ayo,
Que siempre le acompaña.

Pisando verde alfombra
Los dos alegres marchan.
¡ Qué bien canta el jilguero !
¡ Qué suaves son las auras !

Ya llegan á unos trigos ,
Se sientan y descansan ,
Y allí ven una espiga ,
Que, tiesa y muy gallarda ,
Por cima de las otras
Soberbia se levanta.

« ¡ Qué hermosa ! » el Marqués dice ,
Y al punto va y la arranca ,
La trae, busca el grano
Y la halla toda vana.
El ayo , hombre sesudo ,
Entónces con gran calma
Preséntale otra espiga
Nutrida , bien colmada
De fruto , que modesta
Al suelo se inclinaba.
« Aquí teneis (el viejo
Así al jóven le parla) ,
Al necio retratado
En esa espiga vana ;
Vacía su cabeza
Al cielo se levanta ,

El peso no la dobla
Que el viento es leve carga.
En esta espiga mía
No halláis esa arrogancia;
De grano se ve llena,
Su mérito la ensalza,
Y en vez de erguirse altiva
Al suelo está inclinada.»

*Modestia hay en la ciencia,
Orgullo en la ignorancia.*

LVIII.

EL AVENTURERO Y LA FORTUNA.

Allá en montañas ignotas
Un castillo se levanta;
Al cielo sus torres llegan
Y á las nubes sus murallas.
Dícese que la Fortuna
Allí tiene su morada,
Y que estando cierto día
Asomada á las ventanas,
Vió pasar un viajero
Por la senda más cercana,
Y llamándole, este diálogo
Entre los dos se entablára:

FORTUNA.

¿Qué busca el Aventurero?
¿Qué le trae á estas montañas?

AVENTURERO.

Voy á buscar el palacio
De una señora muy alta,
Muy justa y muy poderosa.

FORTUNA.

¡Muy justa! ¿Y cómo se llama?

AVENTURERO.

La Fortuna.

FORTUNA.

Ja, ja, ja.
Su justicia me hace gracia.

AVENTURERO.

Pues á mí no me hace mucha
Esa necia carcajada.

FORTUNA.

Repórtese el caballero.

AVENTURERO.

Tenga prudencia la dama.

FORTUNA.

En quien mendiga favores
Sienta mal tanta arrogancia.

AVENTURERO.

¿Os he pedido yo alguno?

FORTUNA.

¿Cómo no? Este es el alcázar
De esa deidad que tú buscas;
Yo soy...

AVENTURERO.

¡¡¡ Vos!!! ¡ Quién lo pensára!
¡ Señora...!

FORTUNA.

No hay que aturdirse;
Tu inexperiencia te salva.
Vamos, ¿qué es lo que pretendes?

AVENTURERO.

Yo... La verdad; me entusiasma
De tal modo la política...
Ella es mi ídolo.

FORTUNA.

¡ Cáscaras!
El niño, si no me engaño,
Ya sabe solito á casa.

AVENTURERO.

Y si vos me protegeis...

FORTUNA.

La carrera es abreviada,
Pero buena en estos tiempos.

AVENTURERO.

De la noche á la mañana
Seré un prohombre, muy rico,
Célebre...

FORTUNA.

Por enterada
Y autos. Entra en mi palacio.

AVENTURERO.

¿Por dónde, si están cerradas
Las puertas?

FORTUNA.

Más adelante
Verás otra.

AVENTURERO.

Ésta es muy baja;
Yo no puedo entrar por ella.

FORTUNA.

Si tal, poniéndote á gatas.

AVENTURERO.

¡Arrastrando!

FORTUNA.

Por supuesto;
Esa es la primera etapa
Que se encuentra en el camino
Que emprendes.

AVENTURERO.

¿Y cómo pasa
Por este ruin agujero
El equipaje?

FORTUNA.

En poca agua
Te ahogas. Dime ¿qué encierra
La maleta?

AVENTURERO.

Bien guardada
Traigo en ella la conciencia.

FORTUNA.

¡Gran prenda! ¡Preciosa alhaja
Para medrar en política!
¿Qué más hay?

AVENTURERO.

Empaquetadas

Vienen tambien la vergüenza
Y la honradez.

FORTUNA.

¡ Qué antiguallas !

AVENTURERO.

El decoro...

FORTUNA.

¡ Puf ! ¡ Qué mueble !

AVENTURERO.

La moralidad...

FORTUNA.

¡ Ya escampa !

¡ Bonito equipaje el tuyo !

AVENTURERO.

Algo más viene.

FORTUNA.

¡ La audacia ,

Y acaso la adulacion ,
Y una encubierta ignorancia
Entre palabras pomposas ?

AVENTURERO.

¡ La adulacion ! No , no es tanta
Mi bajeza que descienda
A tan vil terreno.

FORTUNA.

¡ Calla !

¿ Esos melindres gastamos ?
Pues mira, si presentáras
Las prendas que yo te indico,
Y ninguna de esas maulas
Que ahí traes, de seguro
Que otro gallo te cantára.

AVENTURERO.

Tengo pundonor, señora,
Y dignidad.

FORTUNA.

Vaya, vaya;
Por lo visto eres un simple.
Márchate, hijo mio, marcha
Con la música á otra parte.
Aquí nunca hicieron falta
La conciencia, la honradez
Ni las demas zarandajas
Que tu maleta contiene...

.

Y volviendo las espaldas
Con soberano desprecio,
Se quitó de la ventana
Y á la luna de Valencia
Quedó el mozo en la montaña.

Yo sé que esta fabulita
No á todos ha de hacer gracia,

Porque políticos mil
Hoy en ella se retratan.....
Unos señores *muy buenos*
De aquí y de fuera de España.

LIX.

EL INCRÉDULO Y SU HIJO.

En no sé que ciudad de Andalucía
Un don Júdas habia,
Comerciante opulento
Que á su tanto por ciento
La vida consagraba enteramente,
Siendo á todo despues indiferente.
Así España se hundiera,
Con tal que su fortuna no perdiera
En este cataclismo,
Para él lo demas le era lo mismo.
«¿Dar limosna? — Decia — ¡qué ignorancia!
Fomentar no debemos la vagancia,
A la industria robando muchos brazos
Y al progreso poniéndole embarazos.»
Y con tales doctrinas,
Para el buen comerciante asaz divinas,
Porque de ellas sacaba algun provecho,
Nunca á la caridad abrió su pecho.
No por eso dejaba de preciarse
De ser humanitario, y de alabarse

De su odio profundo
Hacia una clase cuyo nombre callo,
Porque el traerla aquí no digno lo hallo,
Aplicándola aquello de egoistas,
Hipócritas, pancistas
Y todo el repertorio nauseabundo
De ciertas criaturas desgraciadas,
En el crimen ó el vicio encenagadas,
A quienes el contraste siempre ofende
De la virtud que muda les reprende,
Y esas instituciones
Que ponen algun freno á sus pasiones.

Mas no vaya á creerse que don Júdas
Sobre moralidad tuviese dudas;
Él la recomendaba,
Si bien allá á su modo la entendia,
Pues sólo la empleaba
En lo que á sus negocios concernia;
Aunque para adquirir tanta riqueza
No parece que usó mucha limpieza,
Segun dice un antiguo manuscrito.
Fuera de esto el señor era un bendito.

No pasó por dechado de hijos buenos,
Y todavía ménos
De esposos, y con vida disoluta
Sus escándalos diera;
Pero ¿y esto qué es? ¡Bah! Friolera
O *peccata minuta*.

En cambio su prestigio en la alta banca,
Su poderosa firma, gran palanca
Para alzar importantes transacciones
Mercantiles, su fausto y sus millones

Conquistáronle fama de honradísimo,
Un personaje haciéndole dignísimo.
Como padre tampoco fué un modelo;
Con mayor alegría
Que amargo desconsuelo,
Morir vió á la mujer más virtuosa
Que en la ciudad habia;
De esta ejemplar esposa
Un hijo le quedó; carga muy grave,
Tan pesada si cabe
Como la redimida con la muerte
De aquella su infelice compañera,
Pero él se las compuso de tal suerte
Que bien pronto la mosca sacudiera,
Pues alegando que el hermoso niño
Le recordaba el conyugal cariño,
Y que al mirar las gracias de la infancia
Tomaba su dolor más incremento,
Fué preciso quitárselo al momento
Y llevarle á un colegio allá de Francia.
Pasaron dulcemente
Quince años, y pasaron más de veinte
Sin ver al hijo su amoroso padre,
Si nuestro Adolfo, tal era su nombre,
Hecho ya casi un hombre,
Y por cierto un retrato de la madre,
Lamentando la ausencia sempiterna
De la casa paterna,
No hubiera regresado
Cuando ménos en ella era esperado.
Si don Júdas mostróle torvo ceño
O semblante halagüeño,

Averígüelo Vargas,
Porque estas digresiones ya son largas
Y muy pesado prólogo
Para un sencillo apólogo,
Y vamos adelante
Dando fin á la historia en un instante.

Plugo á la Providencia
Al niño preservar de ese veneno
De la moderna ciencia,
Con que impíos doctores
No del saber maestros, sí de errores,
A tierna juventud emponzoñando
Nos van á la barbarie encaminando.

Con efecto, Adolfito, humilde y bueno,
Aplicado, juicioso, muy prudente,
Con memoria excelente,
Claro talento, instintos generosos,
Y entre varones sabios y piadosos
Recibiendo sublimes enseñanzas
Con exquisito celo,
A más de ser un jóven de esperanzas,
Era todo un católico modelo.

Pero su padre, incrédulo obcecado,
No vió con mucho agrado
Que buen cristiano fuera,
Y hablando cierto día
De lo que en el colegio se aprendiera,
Don Júdas se mofaba
De la sólida fe del estudiante;
La verdad el mocito defendía
Del modo más brillante;
Todo aquél por sistema lo negaba,

Y despues que un buen rato discutieron ,
Con este diálogoillo concluyeron :

ADOLFO.

Papá, si usted no se enfada
Le diria...

DON JÚDAS.

Dí, querido.

ADOLFO.

Si las obras ha leído
De *Donoso Cortés*.

DON JÚDAS.

Nada.
Yo el tiempo en leer no empleo.

ADOLFO.

¿Las de *Wisseman*?

DON JÚDAS.

Tampoco.

ADOLFO.

¿Y las de *Balmes*?

DON JÚDAS.

Muy poco ;
Si te digo que no leo.

ADOLFO.

¿Las de *Augusto Nicolás*?

DON JÚDAS.

Las desconozco lo mismo.

ADOLFO.

¿Ni siquiera el catecismo
De *Mazo*?

DON JÚDAS.

¡Dale! Jamas
Abro un libro; no séas plomo.

ADOLFO.

¿Y el *Astete* ó el *Ripalda*?

DON JÚDAS.

El chocolate de espalda
Con esos señores tomo.

ADOLFO.

¿Qué hizo en la escuela?

DON JÚDAS.

¿Yo?

Bien la doctrina aprendí,
Mas luego escéptico fui
Y toda se me olvidó.

ADOLFO.

¡ Ah ! ¿ Con que resulta ahora,
Y á confesarlo usted viene,
Que nocion ninguna tiene
De religion; que lo ignora
En esa materia todo?
¿ Y no obstante, usted se ciega
Y lo que no entiende niega?
¡ Ay, papá ! pues á ese modo
De impugnar con arrogancia
La verdad del cristianismo,
No lo llame escepticismo,
Llámelo usted ignorancia...

Y tontería, quizá
Añadir se le ocurrió,
Pero el jóven se calló
Por respeto á su papá.

¡ Cuánto necio petulante
A don Júdas se parece,
Que en este siglo florece
Mucho incrédulo ignorante !

LX.

LA VIRTUD Y LA MUERTE.

(Imitacion de Lavater.)

Muy tranquila y serena
La Virtud por el mundo caminaba,

Y en una selva amena
Que al silencio y descanso la brindaba,
Se encontró con la Muerte...
Las dos se detuvieron, se miraron,
Y diz que de esta suerte
Sin mucha ceremonia conversaron :

VIRTUD.

Yo te saludo, mensajera augusta
De la vida inmortal.

MUERTE.

¡Qué! ¿No te asusta
Mi sombría presencia?
¿No tiembles ante mí ni te estremeces?

VIRTUD.

Quien ante su conciencia
No tiene que temblar, una y mil veces
Te verá sin temor.

MUERTE.

¿Ni el sudor frío
Que por mis alas corre te amedrenta?
¿Ni el pálido y siniestro rostro mío?
¿Ni mi segur sangrienta?
¿Ni siquiera mis tristes precursores
La enfermedad cruel y los dolores?

VIRTUD.

No, no puedo temerte,

Ni á esa tu comitiva pavorosa
Que te precede, ¡oh Muerte!
Ni á tu segur, ni á tu sudor de hielo.

MUERTE.

¿Quién eres?

VIRTUD.

La Virtud.

MUERTE.

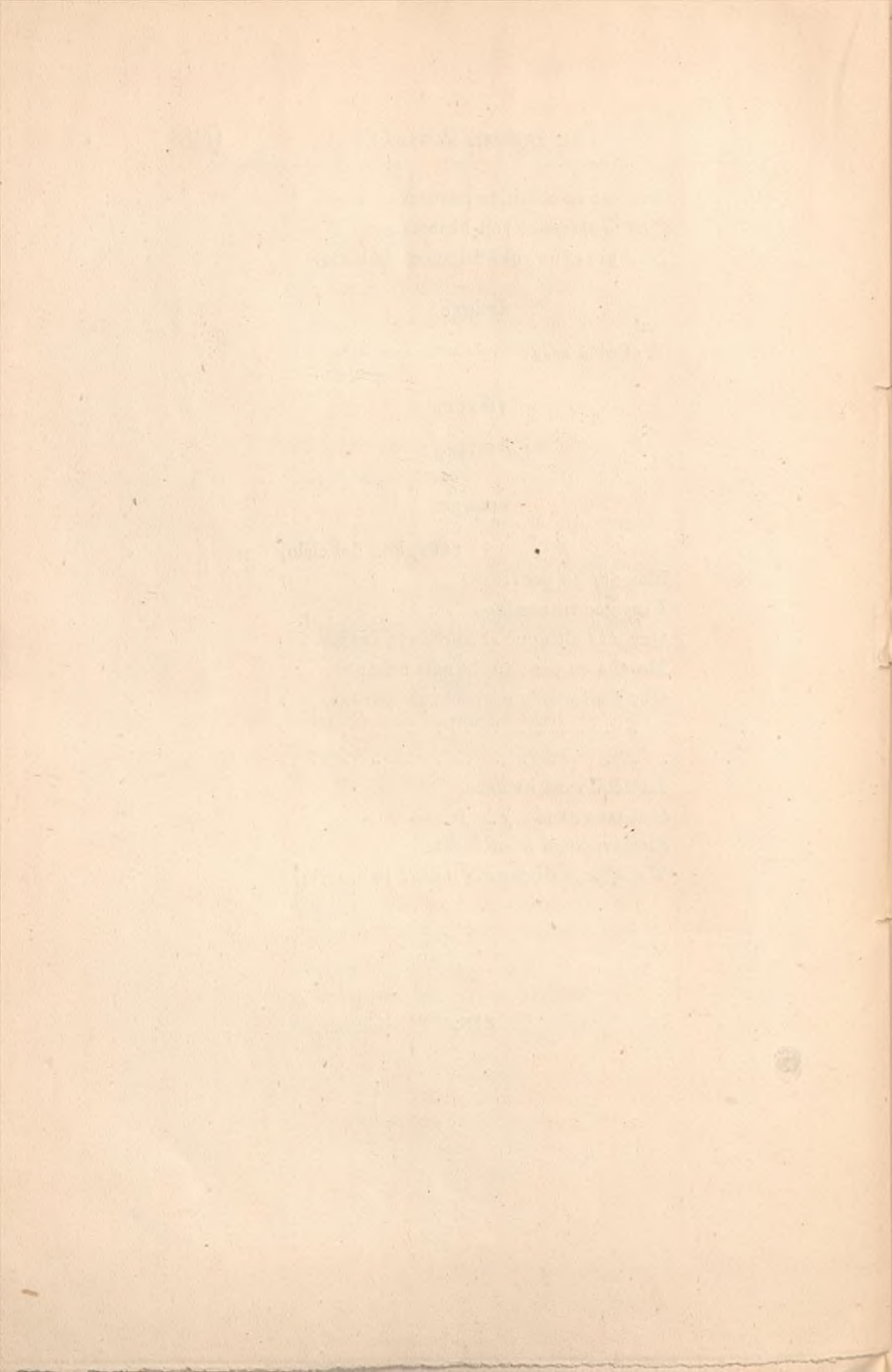
¡Oh, hija del cielo,

Mas que yo poderosa!
Prosigue tu camino,
Que más alto que el mio es tu destino:
Marcha en paz, tú, la sola criatura
Que á mí puede mirarme sin pavora.

.
.

La débil raza humana
Con las virtudes y la fe cristiana
Siempre llega á ser fuerte,
Y entónces sin horror mira á la muerte.

FIN.



ÍNDICE.

	Páginas.
Nota preliminar.	v
I. El Mar y los Arroyos.	9
II. El Filósofo y el Tiempo.	10
III. El Raton de la India y el Dragon.	12
IV. El Mono con papalina.	13
V. La Reina, el Jardinero y el Loro.	15
VI. La Semilla y el Viento.	19
VII. El Boticario y el Alacran.	20
VIII. El Reo y el Cadalso.	23
IX. El Águilla y el Reptil.	27
X. La Hoja seca y el Gato.	28
XI. El Sabio y la Vela.	29
XII. La Zorra, la Urraca y la Mona.	30
XIII. El Rey y la Isla.	33
XIV. El Pastor y el Perro.	35
XV. Los dos Microscopios.	36
XVI. La Leona, la Urraca, el Lobo y la Pantera.	37
XVII. El Rocío.	40
XVIII. Las dos Niñas y el Espejo.	42
XIX. El Diablo en un Baile.	43
XX. El Rey, los Labradores y el Gorrion.	44
XXI. La Cocinera y la Gata.	47
XXII. La Calumnia.	48
XXIII. El Barco de las Mozas libres.	50
XXIV. La Violeta y el Girasol.	53
XXV. El Burro de don Juan Cornejo.	56
XXVI. Los dos Borrachos.	60
XXVII. Los tres Amigos.	62
XXVIII. El Hombre y la Flor.	64
XXIX. La Hormiga necia y el Roble.	66
XXX. Las dos Rosas.	67

	Páginas.
XXXI. El Cazador y las Avutardas.	68
XXXII. El Joven pensador y el Loro.	69
XXXIII. El Loco y el Avaro.	70
XXXIV. El Diamante y el Romero.	71
XXXV. El Retrato del Sol.	73
XXXVI. El Niño y la Tortuga.	76
XXXVII. El Marinero y su Hija.	78
XXXVIII. La Nube, el Lago y el Huracan.	79
XXXIX. La Mariposa y el Gato.	82
XL. La Mujer del Pescador.	84
XXI. El Caminante y la Palmera.	99
XLII. El Colgial y el Cocinero.	101
XLIII. La Malva y el Jardinero.	102
XLIV. Las Cigüeñas en la Exposicion universal de Paris.	104
XLV. La Cana y la Hermosa.	110
XLVI. La Muerte y la Vida.	111
XLVII. El Gato y el Sabueso.	113
XLVIII. El Ciruelo y la Palmera.	114
XLIX. El Águila, el Milano, el Zorro y el Perro.	116
L. El Misionero y la Reina negra.	122
LI. Los Tontos.	126
LII. El Arroyo, la Flor y las Auras.	127
LIII. La Providencia.	128
LIV. Los Árboles eligiendo Rey.	131
LV. El Príncipe y el General.	134
LVI. Los dos Viajeros.	137
LVII. Las dos Espigas.	138
LVIII. El Aventurero y la Fortuna.	140
LIX. El Incrédulo y su Hijo.	147
LX. La Virtud y la Muerte.	153

FIN DEL ÍNDICE.

